

GUIA DE GUIA

Por

Blas Salas



LORCA 1915

Sanos consejos para acompañar
forasteros en visita a la localidad.

R427757



BIBLIOTECA REGIONAL



1533291

GUÍA DE GUÍAS

DMU
19666

Tít: 390.043

GUÍA DE GUÍAS

ó

SANOS CONSEJOS

PARA ACOMPAÑAR FORASTEROS

EN VISITA Á LA LOCALIDAD

POR

BLAS SOLO



LORCA

IMP. ALEMANA E. RUIZ NORIEGA

Corredera 46

Este libro es propiedad del
autor.

Queda hecho el depósito
que marca la Ley.

A Simón Mellado

Es laudable vieja costumbre de todo aquel que hace una cosa buena, complacerse en dedicársela á la persona de su mayor afecto, á la que le obliguen deberes de gratitud.

Si esto valiera algo, Simón, ¿quién te disputaba la dedicatoria?

No es nada, ya lo ves, una broma pesada; pero ocurre que como he estado pensando en la Guía tanto tiempo, tanto he tardado en darle forma y he necesitado tanto para decidirme á publicarla, sé que no quedan días en mi vida para escribir otro libro, ni mejor ni peor que este y te ruego encarecidamente, que bueno ó malo, tuerto ó derecho, esmirriado, como nacido á destiempo, aceptes el ofrecimiento que te hago de mi único hijo.

Blas Solo

NO HE QUERIDO PRÓLOGO

Y no lo he querido, porque me he rebelado á la idea de ofrecer á sabiendas, *con mis barbas y mi camisa*, los blandos lomos, al primer duro latigazo del prologuista: bastantes pueden venir sin esperarlos.

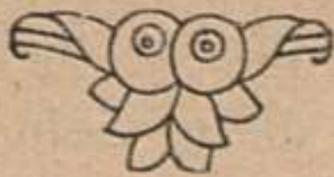
Que tengo amigos capaces de *presentarme* y prologar el librejo, y que lo habrían hecho con el *gusto* que estas cosas se hacen, no hay que dudarlo. Habría tenido prólogo en cuanto hubiera solicitado el favor, pero ya digo, por cariñoso que fuera el amigo prologuista, tenerlo era tanto como ver el palo levantado desde el primer instante, pues dados mis años, tratándose de un viejo á quien es ridículo asegurar que *promete*, al que no se le puede alentar ni animar, según se hace con los muchachos que empiezan, al que no se le puede dorar la píldora, en un caso tan raro como el mío; en fin, al que hiciera el prólogo, que necesariamente tenía que aprovechar la ocasión de lucirse (cosa muy justa) no le quedaba otro recurso que pegar, pegar y pegar, y

ante semejante perspectiva me ha parecido lo más razonable escurrir el bulto.

Quedémosnos, pues, sin prólogo, que para que en resumen de cuentas, y en el caso más favorable, viniera con sus manos limpias el presentante á echar una de *cal* y otra de *arena* sobre la obra, como en todos los prólogos ocurre, prefiero entregar este libro, ó lo que sea, virgen de juicio, á los problemáticos lectores, y ellos dirán.

Yo.

HE DICHO.



NOTA BENE.--Para relativa tranquilidad del lector, tengo el gusto de anunciarle, que no hace falta el Diccionario de la lengua, para *descifrar* ninguna palabra castellana de las que componen este libro.





El autor al empezar á pensar en la obra

Es una verdad sabida y comprobada con los más acreditados testimonios, que cuando el diablo no tiene que hacer, con el rabo mata moscas.

Sin más aclaración ni comentario, como herencia de los siglos llega

á nosotros la estupenda verdad, por nadie controvertida y por lo mismo axiomática; pero dispuesto á sacar de ella alguna consecuencia, porque estas mismas ver-



dades por estupendas, documentadas y axiomáticas que sean, si no se estiraran para nada provechoso servirían, y vendrían á ser á modo de inútiles monolitos en el desierto campo de la pequeña filosofía, nadie negará que la primera que se ocurre sacar de la que me sirve de texto, es que el diablo al entretenerse, hace un favor á los calvos.

Da qué pensar en los diez mil millones de cosas útiles que el diablo podía hacer en vez de ocupar el tiempo en esa distracción tan inocente; pero hay que abandonar todos los pensamientos, que al fin y al cabo serían suposiciones, de suyo resbaladizas, y atenernos á que del diablo sabemos de un modo po-

sitivo que sigue siendo malo como él mismo en el ejercicio de sus diabólicas funciones; que no hace nada bueno cuando está desocupado, pero que podía hacer cosas mucho peores que matar moscas con la punta de su rabo.

Es muy posible que el demonio se distraiga así como nos enseñan, por no saber hacer cosa mejor, por ignorancia, y compaginando aquella diablesca nimia ocupación, sea del modo que quiera, salvando siempre posición y circunstancias, ¡librenos el cielo de pensar en hombrearse con semejante personaje!, lo cierto es también, que la falta de mejores quehaceres y la ignorancia, disculpan que alguna vez nos metamos en caminos por donde no nos llama Dios.

Puesto en uno de estos caminos, notando la falta de algunas reglas que puedan utilizarse en uno de los pocos lances que rompen la monótona existencia de la vida uniforme y pesada de los pueblos, en el de tener que acompañar forasteros en visita á la localidad, como el plan de la visita depende de nosotros, para evitar dudas y vacilaciones y caminar de frente con el orden que permiten los complejos asuntos, se me ha ocurrido formular estos ligeros apuntes, esta *Guía de guías* que facilite el trabajo, y no será imposible ni locura pensar, que algún día se encuentre con un calvo á quien favorecer. No puede declararse mejor intención.



Por más que estos apuntes estén inspirados en un criterio diametralmente opuesto al que informa á las Guías comunes y corrientes de las poblaciones, destinadas á ilustrar á los viajeros que visitan pueblos y lugares importantes, sirviéndoles después, por los grabados y notas que contienen, como recuerdo de sus viajes, y limitándose aquellos como me propongo, á unos cuantos consejos *á los naturales*, para hacerles menos penoso, ó más llevadero el trabajo cuando la ocasión de acompañar forasteros se les presente, puesto á darlos y con el objeto de que tengan en la forma lo que ha de faltarles en el fondo por carencia absoluta de material, adopto el figurín corriente como si se tratara de una Guía de verdad, y á paso de carga llenaré unos renglones con lo que se refiere á la situación del país, clima, carácter de estos pobladores y antecedentes históricos, materias que son de ordinario el proemio de las guías.

Estamos, y no voy á hacer nada más que mal copiar lo que nos tienen dicho, bien situados; no nos pusieron mal; un poco arrinconados, es verdad, pero esto que á primera vista parece que había de ser un inconveniente, bien mirado, como deben las cosas

mirarse, sin pasión ni acaloramiento, no deja de ofrecer sus ventajas. Tardan, es cierto, los bienes en llegar, por eso, porque estamos metidos en un rincón, pero por este mismo motivo, como los caminos son tan largos para el tránsito de lo bueno como de lo malo, tiene encaje la perogrullada de que los males han de tardar también necesariamente en venir y váyase lo uno por lo otro.

Tenemos cerca el mar, lo que quiere decir teóricamente, que en verano nos manda sus frescas brisas y que sirve en invierno para dulcificarnos el ambiente.

Somos país meridional con relación á nuestra península y nos hallamos tan lejos de Málaga como de Valencia, antecedente utilísimo que facilito á los que no teniendo nada que hacer, se encuentren perplejos entre dedicar su actividad al comercio de las batatas ó al de las chufas.

La postura que nos hicieron adoptar no fué incómoda; nos reclinaron en la falda de un monte cubierto de nopales, en cuya cima, coronándolo, hay una torre rota, que con sus mellas delata una cosa que no debía tener gracia ninguna: la vejez.

Como todo esto lo vemos con sólo abrir los ojos, no hay que insistir, ni añadir una palabra más, respecto á la situación del país.



Se ocupan las Guías en segundo término, por lo regular, de antecedentes históricos. Daremos aquí noticias someras, someras nada más, porque es dato también muy poco interesante para las Guías el que se refiere á la historia, que una cosa tan vieja como suelen ser los pueblos y que como si fuera un pecado no se ha de volver á hacer, es lo mismo que lo fundara Juan, como que el fundador fuera Pedro; no se adelanta ni consigue nada con saberlo, pero como he prometido noticias históricas, van en seguida, advirtiéndolo á los lectores que sobre ellas no admito discusión. Si alguien dice ó cree que me equivoco doy por aceptado lo que crean ó quieran los que lo digan, y acato y respeto al fundador que me presenten.

Voy á pasar de largo el período nebuloso y mitológico que en sus orígenes tienen invariablemente todos los pueblos, que son los tres ó cuatro primeros capítulos de las historias, en los que los autores llaman la atención hacia el libro, como el pirotécnico la atrae con los cohetes que dispara antes de que empiece á echar chispas la primera rueda de los fuegos que va á exhibir, y pasando esto por alto, que no tiene interés ninguno, vengamos en nuestra historia al punto y hora en que los autores, después de

divagar y lucirse con Lukros y Crotas, de revolver á los nietos de Noé con los griegos y de descomponer, derivar y combinar nombres que es posible inventen unos minutos antes de escribirlos, vienen á parar, y gracias que lo hacen pronto, á los nómadas y aventureros, que *anda que te anda*, como dicen los cuentos para niños, recorrían el mundo hace tantísimos años.

No sabemos cuándo fué, ni cuántos siglos descansó aquí á sus anchas el grupo de nómadas que á esta nuestra tierra le cupo en suerte, falta de antecedentes motivada porque aquella gente andariega no andaba, sin embargo, muy documentada. Lo que sí creo que sabemos de un modo cierto y positivo, es que los cartagineses fueron los primeros que con buenos papeles nos encontramos por aquí y, en realidad, tal verídico encuentro es un honor para nosotros, por merecer aquel pueblo todas nuestras particulares simpatías.

Es indudable que los cartagineses obscurecieron á los nómadas; si no congeniaron es posible que los echaran de aquí con cajas destempladas, porque sólo á los cartagineses encontramos hechos y derechos cuando la historia nos relata la lucha de Roma, la grande, la avallasadora del mundo, con su rival Cartago.

Claudicaron los pobres cartagineses, como claudicó el mundo conocido y esto fué *Colonia* y fuimos *Municipio* con su *Curia* y *Concejo*, y sabe Dios cuántas cosas habremos sido desde entonces hasta venir á parar en la propia y misma nada en que nos vemos.

Me parece que sin poderme dominar se me ha ido la mano, y lo dicho para ser *somera* noticia es preciso que la reduzcamos á saber, ó á decir si hace falta, que después de los inevitables nómadas vinieron aquí y realmente fundaron los cartagineses, gran pueblo, etc.; pueblo rival de Roma, etc., etc., cuyos cartagineses emprendieron con palos y cañas la verdadera fundación de esto que queda. Que si los griegos y los fenicios se dieron por aquí, ó no se dieron una vuelta, hicieron poco humo, y que al fin y á la postre nuestra historia se enlaza con la del pueblo romano, dominador del orbe conocido y padre de todas las historias y de todos los pueblos, lo que es enteramente igual á decir, etc., etc., etc.



Clima: Del clima muy poco, casi nada, cuatro palabras. Es benigno; nosotros debemos decir siempre que es benigno, y si por casualidad hace mucho frío ó mucho calor en la ocasión en que tengamos que dejar consignado aquel incontrovertible principio, le echamos la culpa al viento que también *por casualidad* en aquel momento y como rareza reina, sin que insistamos demasiado, ni hagamos punto menos que cuestión personal esta del clima.



Después se ocupan las Guías del carácter de los pobladores del país á que se refieren. Pero aquí sí que no me meto. Podrá tener el punto relativa importancia para las que se me ocurre ahora llamar *guías directas*, es decir, guías *per se*: pero en ésta que bien puede llamarse, aceptando el otro término de la lógica, *per accidens*, no hace falta ninguna, que nosotros mismos, que tan bien nos conocemos, nos ocupemos de nuestro carácter y como acompañamos á los que nos vienen recomendados, claro es que ocultando todas nuestras malas inclinaciones—quiero decir, si las tuviéramos—estamos obligados á presentarnos á los extraños con la afabilidad mayor del mundo, demostrándoles en toda ocasión y momento, durante el corto plazo que hayamos de sufrirlos, que somos amables y bien educados, que estos dos términos constituyen en puridad la definición del buen carácter, la amabilidad y la buena educación. Ya digo que aconsejo esto porque se trata de un período de tiempo relativamente corto, que á la larga—aquí en la intimidad—no se podría resistir. Aparentemos, pues, ser dulces, amables y bondadosos y no insisto más que como todos sabemos muy bien donde nos aprieta el zapato, cuidaremos de dejar bien puesto el pabellón en lo que se refiere al buen carácter *de estos pobladores*, y se irán haciendo lenguas de nuestra hospitalidad los que nos visiten.



Con lo apuntado de la situación, historia, clima y carácter *aparente* de los pobladores, se puede considerar terminada la parte de polegómenos, que para que esto se parezca en algo á las Guías me había propuesto hacer y ahora, que Dios libre á los lectores de que el cartero les entregue una [misiva más ó menos cariñosa, en la que les avisen la llegada, les encarguen que reciban en la Estación, ó les rueguen visiten á los que *en tal* fonda se hospedan, porque semejante encargo, que á simple vista parece la cosa más llana y sencilla del mundo, una vez que se nos echa encima, reviste los caracteres de un grave contratiempo; pero si ocurre, adelante sin miedo, que estos cortos consejos son un cirineo que ayudará á llevar la pesada carga.



Hay que dar por supuesto el encuentro con la persona ó familia que esperamos y á la que hemos de acompañar y, en este punto, después de la autopresentación ó reconocimiento y saludos corrientes, con los extremos y expresión que nos indique el aspecto ó visibles circunstancias personales de los forasteros, hay un lugar común inevitable también, que no se da un solo caso en que falle, y para salir airoso de este primer paso, hay que obtener la conveniente preparación: el punto es el referente al agua.



La del agua es una de las necesidades que se suelen notar inmediatamente después de llegar á alguna parte; por el agua ha de preguntarnos en seguida el que viene, y ya nosotros ilustrados debemos sin dilación trasmitir al viajero nuestros conocimientos ilustrándolo también. Agua va.

De un modo categórico y sin rodeos ni ambages, podemos decir que tenemos aguas buenas, así en firme, buenas y buenas de verdad; pero si no hay duda respecto á la categórica afirmación, aconsejo la mayor prudencia y miramiento en la forma de decir,

tono é inflexión de voz, porque la noticia no deja de tener gran importancia dada de modo que no sea conveniente.

Hay que temblar, cuando al visitar una población desconocida nos la encomian, disparándonos á quemarropa la noticia de que hay en ella buenas aguas, porque el forastero avisado la traduce en seguida en que es lo único bueno que tiene y para primer dato, por necesaria que el agua sea, es terrible. Hágase la observación en cuanto la ocasión se presente y se verá que no es equivocada. Así, que vuelvo á recomendar prudencia y á aconsejar que se diga que el agua es buena, de un modo sencillo, como la cosa más natural del mundo, esto es, sin darle absolutamente importancia ninguna á *Sevilla ni al Guadalquivir*.

Si antes de salir de esta parte húmeda advertimos que el forastero, al que estamos obligados á acompañar, ostenta en la cara *barrôs*, ú otras señales delatorias de *fuego del hígado*, ó de enfermedades á la piel, ó notamos que padece de flato, para lo que no hace falta el auxilio de la vista, entonces nos podemos dar importancia local, ofreciéndole y encomiándole manantiales prodigiosos, sin salir del término municipal, que vienen pintiparados á todos los padecimientos advertidos. Casi no hará caso el viajero, pero con el encomio y el ofrecimiento ya tenemos motivo pará ir hablando, entreteniéndolo el *encuarte*.



Despachado el saludo; probablemente descargados de la inevitable declaración del agua, ya en la calle, hay que hacer algo, y en estas tierras meridionales de espléndida y bravía vegetación, *el verde* es una de las cosas que parece que tienen preferente inconcuso derecho á la contemplación de quien nos hace el honor de visitarnos.

La de reventar al forastero echándolo cuesta arriba en la primera salida, es costumbre que debe abolirse. Conseguimos, siguiendo costumbre tan rematadamente mala, que al llegar el forastero sudando la gota gorda, á altura conveniente, haya casi echado el pulmón por la boca, y en este lastimoso estado le obligamos, poco menos que á la fuerza, á que diga que se admira y que se apercibe de que en jardines, huertos y tierras de sembradura tenemos todo el verde que por clasificación nos corresponde.

Recabada de tal modo la confesión que satisface nuestra vanidad, súbitamente nos apercibimos de la responsabilidad que hemos contraído. Tenemos que ir sosteniendo al pobre forastero para ayudarle á bajar, ¡gracias que sea uno! y entre «tenga Ud. mucho cuidado», «no ponga Ud. el pie ahí» podremos

tal vez descender sin aparente deterioro, pero con la seguridad de que el visitante nos maldice.

Aconsejo en redondo que el paseo se dirija por terreno llano, que si el forastero manifiesta de un



modo decidido y resuelto aficiones alpinas, tiempo hay de darle gusto, salvando la responsabilidad con todo género de prevenciones.

Cómodamente se le enseña de cerca la verdura. Si ha habido ocasión de *calar* al viajero, se le puede hacer pasar gato por liebre, como si dijéramos, con la mayor sencillez. Sobre el mismo abanclado, las patatas en cualquiera de los períodos de desarrollo de la planta, son magníficos fresales, y si es gente muy urbana á la que acompañamos y no ha visto la fresa más que en los frutereros, le produce verdadero encanto codearse con ella en la propia mata. No es invención de mi fantasía; ¡oh los fresales..., los fresales!; lo he oído ochenta veces.



Los que vienen exclusivamente á viajar, sin negocio ni preocupación alguna, son naturalmente sencillos; se interesan estos viajeros por lo más mínimo y en este punto que estamos del obligado paseo, se puede sacar partido de cualquier cosa: sobre un árbol corpulento de los muchos que tropezamos y cuyo árbol tenga por casualidad una rama seca, se inventa en seguida la historia de un condenado que se ahorcó en aquella rama, la que nunca más brotó; el buen viajero se espeluzna á la vez que lo entretenemos.



En el paseo en contramos forzosa-mente varios partidores del agua de los riegos, y es costumbre hacer observar á los viajeros, y hacerlo con relativa solemnidad, que continuamos con el mismo sistema

que implantaron los árabes. No veo yo gran honra en la noticia que facilitamos, porque no encuentro nada de extraordinario en el sistema, que no es pre-

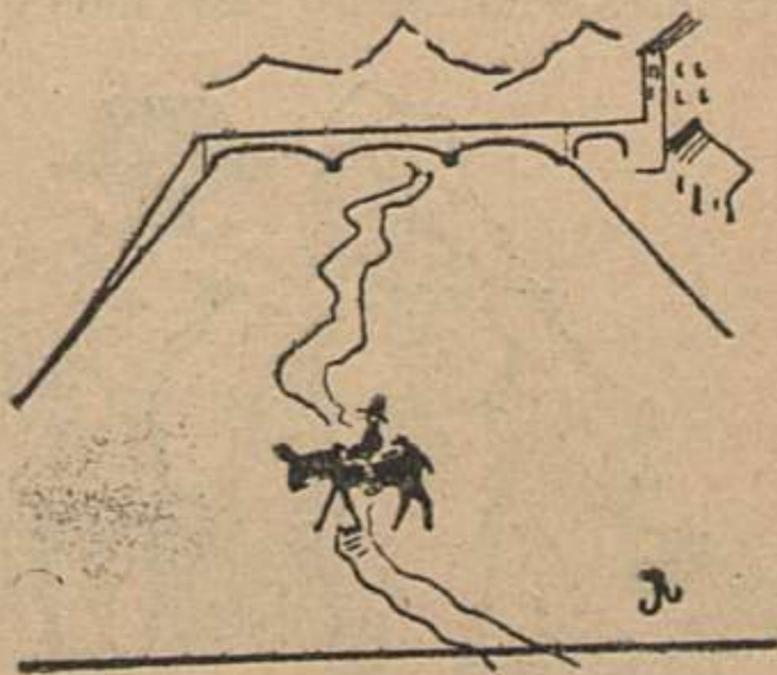


cisamente el artificio de Juanelo, si no que el agua discurre por cauces que hicieron los árabes, igual, enteramente igual que los habría hecho todo el que se hubiera propuesto regar; pero ya que así se viene haciendo no veo inconveniente alguno tampoco, en

dedicar este pequeño recuerdo á la dominación de los moros, con la solemnidad que es tradicional.



Al emprender el paseo; al regreso del mismo; al entrar el forastero en la población, casi siempre el primer día, como cosa verdaderamente notable, no se le escapa á ningún viajero la observación de que tengamos un puente tan ancho, para un río que tiene bastante para su discurso con un cauce tan estrecho. Aquí de nosotros, por la práctica adquirida para emprenderla, sin miramiento alguno con el río, *agua mansa*;



hipócrita redomado que no aparenta lo que es, pero que cuando llega el caso de que se le hinchen las narices ¡pérfido! dice «allá voy» y el puente resulta pequeño.

Tenemos riadas célebres, siendo las más á la mano las de los años setenta y nueve y ochenta y cuatro del pasado siglo, y prescindiendo de las llamadas de San Cirilo y San Francisco, mucho más antiguas, de los estragos y ruínas que aquellas crecidas del río originaron, podemos hablar cuanto nos

dé la gana é inventar también. Si inventamos no dejemos de relatar el rasgo heroico á que dió lugar la salvación, en la gran crecida del setenta y nueve, ó en la otra, de la hija de un molinero, ó propietario de cualquier artefacto ribereño, la que asida á una miserable frágil tabla, fué arrebatada por la corriente impetuosa, que ya había arrancado de cuajo el molino, ó el artefacto, y arrastrado con él á toda la familia; ya desfallecida (la joven) y á punto de perecer, fué salvada por un guardia civil.

El episodio es emocionante en extremo y con su relato sólo se comete un pecado pequeño, de los más veniales, resultando nada más que una inocente menti-



rilla, porque esto de que un guardia civil salve á una medio ahogada y después se case con ella suele ocurrir en todas partes donde hay inundación y guardia civil, porque

lo importante y casi lo verdaderamente heroico, se me olvidaba advertirlo, es que la salvada se casa con el salvador, si no la cosa no tiene gracia ninguna, porque sin boda el suceso estaba reducido á que el guardia cumplía servicios de su Instituto.

En este primer día, con un paseo largo y lo charlado que salga al paso, ya hemos hecho bastante, debemos darnos por satisfechos procurando buena-

mente encerrar á los excursionistas en su hospedaje, aconsejándoles que se acuesten en cuanto cenen, para que estén listos á primera hora del día siguiente y puedan dedicarse á ver algo de la población. Prometen formalmente obedecernos; extremamos un poco las frases de afecto en esta primera separación, y debemos siempre en este caso extremarlas porque nosotros somos naturalmente fríos y algo ariscos; nos vamos; respiran naturalmente los forasteros; respiramos nosotros con igual naturalidad y á descansar también.



Para emprender el paseo urbano, es preciso haber tenido un ojo muy fino y la habilidad de percatare de las condiciones y gustos del viajero.

En poblaciones donde abundan las cosas notables en cuanto á monumentales, ó por lo raras, es más llevadera la tarea, pero pensemos en serio, con un forastero á cuestas, en qué cosa tenemos aquí que merezca la atención y la visita más que otra, y verdaderamente pondríamos en grave apuro al encargado de formar la lista de prelación.

—

Como lo principal, casi lo único son los templos, si el forastero es persona devota tenemos allanado la mitad del camino, porque hay abundancia de ellos, y como suponemos que no molestamos, entramos en todas las Iglesias y Capillas y desde que en ellas pongamos el pie debe empezar el aparato con el que debemos revestir la visita; la receta es fácil. Tómese y dése agua bendita; háblese muy quedo en señal de respeto y súplase á la media voz que reservamos, el manejo de brazos y manos señalando lo más saliente. Conviene que recemos, aunque sea poco, ante los altares; al devoto le ha de parecer bien nuestra piedad y respeto, y en realidad de verdad, prescindiendo

do de sublimidades artísticas, tampoco puede parecerle mal lo demás que en los templos vea.

Pero amigos lectores, si se trata de gente algo *sprit fort* y aficionada al arte, ya es otra cosa muy distinta y hay que tentarse la ropa y cuidar mucho de aquello sobre lo que se ha de llamar la atención, porque no tenemos á nuestra disposición, salvo rarísimas excepciones, otra cosa, que un conjunto de vulgaridades, sobre las que ¡ay! no podemos tender un velo.

Si es de templos, de lo mucho que hemos dicho que tenemos, sus fábricas sólo tienen de notables que son grandes, que sus bóvedas son altas, altísimas, pero sin que haya en muros y techos en qué mirar, por ofrecérsenos estos sagrados lugares despojados, mejor dicho, faltos del elemento artístico que para agraciarlos les cabía, según su traza y orden más ó menos aproximado. Debemos entrar en ellos á ver algo á tiro hecho

Ordinariamente en las Iglesias, por atenciones de decorado y por necesidades del culto, son de notar las pinturas y las esculturas.

De pintura estamos mal, lo que se llama mal. Dicen que *Muñoz*, por el apellido algún mesonero de su tiempo; que *Camacho*, sin duda un loco; que *Reboloso*, un hombre vano que para ser pintor pudo distinguirse muy bien siendo Oso, ó siendo Rebollo y no venirse con combinaciones; *Juan de Toledo*, el que mejor suena, pero en punto á muestras de ingenio aquí, casi iguales.

No habíamos de pretender que los templos de este rincón quedaran convertidos en museos por

aquellos antiguos pintores, pero es que casi no han dejado nada, ó lo que hubo desapareció; porque á lo mejor el sitio y el marco que encuadra un mamarracho nos dicen que era de un magnífico original, que con el viejo ardid de la pretensión de copiarlo fué infamemente substituído y el mamarracho persiste, perjudicando á un buen enlucido del muro.

Lo demás auténtico que se ve y es poquísimo, muy vulgar. Los Doctores, lo mismo siempre: unas carotas atroces y unas barbas larguísimas. San Jerónimo con su manto escarlata. El retrato de un Pontífice y los de unos Reyes viejos, y nada más. Si nuestro acompañado no tiene afición á la pintura y él la pasa de largo, no le llamemos sobre ella la atención.

—

Estamos en la región de las buenas imágenes y nos encontramos punto menos que comprometidos á enseñar *Salcillos*. Puestos en ello, no tengamos nunca miedo; si no hay *Salcillos* á la vista, se inventan. Prescindamos en redondo de deducciones y sospechas y lo que enseñemos que sea categóricamente *Salcillo*. Por delante y por detrás de la imagen que sea objeto de nuestra atención, digamos con tono doctoral y de convencimiento «¡qué *encarnaciones* y qué estofados hacía aquel hombre!» No nombremos á Don Roque ni á ninguno de los demás discípulos de Salcillo, porque entonces, los visitantes que es facilísimo que no entiendan ni un ápice de escultura y que les haya causado espanto oír lo del *estofado*, sólo por darse pisto volveréis la espalda al santo y á nosotros con el mayor desprecio.

Puede dar la feliz casualidad de que coincidiendo con la visita se celebren en nuestras Iglesias algunos cultos solemnes extraordinarios, y después de los *Salcillos*, que es pie forzado, tuviéramos la suerte de que alguna bendita Imagen luciera las riquísimas vestiduras, que las asociaciones religiosas que las festejan les tienen dedicadas para cuando repican gordo. Aquí cambia de fase la pesadez de la visita, y lo que es un oasis para el viajero en este desierto de arte, es tabla de salvación para nosotros. Comprendemos por la nuestra la admiración del forastero; califica de prodigio lo que ve, y prodigio es de verdad.



Si el huésped, al que acompañamos es persona aparentemente sencilla y devota, bonachón de por sí y por lo mismo le hace gracia cualquier chascarrillo ó frase, se le relacionan las comunidades religiosas aquí establecidas, lo que le agradará, y en son de chiste se le hace notar la particularidad relativa á los conventos de monjas en clausura que tenemos; son dos los conventos, se le dice, y son como las tostadas de un panecillo francés, *de arriba y de abajo*. Es un chiste digno de Gedeón volteriano; pero si nosotros iniciamos la risa, el acompañado se reirá también. No conviene echar en saco roto la más insignificante minucia que se pueda ocurrir para distraer el tiempo, que se hace pesado.

Y á propósito de conventos. No puede, no debe prescindirse de buscar, llegado el caso, una recomendación, para que la religiosa comunidad de señoras enclaustradas, que para mayor seguridad tiene en depósito las preciosas alhajas donadas por el rey Fernando V, á la más antigua Parroquia de Lorca, como recuerdo de su paso por esta ciudad, las enseñe á los forasteros.



Siendo señoras y siendo religiosas huelga decir que las monjitas de referencia son amables: lo pedido se concede, la hora se señala y cuando la ocasión se ha presentado y he creído que los viajeros merecían semejante honor, nunca he olvidado este apartado del programa y con la mano puesta sobre el corazón, confieso que he obtenido verdaderos éxitos.

En todo hay que decir la verdad. Lo de menos, siendo mucho, porque su mérito está contrastado, es la pequeña exposición que forman la magnífica cruz de bronce y cristal, la gótica Custodia de oro y plata y el Cáliz y el Copón, góticos también y de metal precioso, que han sido sacados de sus estuches y desenfundados en nuestro obsequio, y son lo de menos, porque nuestros viajeros, si son distinguidos, si son de los que merecen el acotamiento de referencia, cansados de viajar y de visitar los tesoros y los relicarios de nuestras Catedrales, están poco menos que hartos de ver objetos como los que les presentan; el éxito estriba... en que estas gentes mundanas, estos viajeros distinguidos que han visto y tratado Hermanas de la Caridad en Hospitales y Colegios, que han tenido en su misma casa, cuidándolos en sus enfermedades, religiosas á este particular dedicadas, han oído alguna vez ciertamente hablar de esas otras religiosas *encerradas*, de las monjas de los votos y de las rejas, pero nunca han compartido con ellas la conversación ante el doble enrejado de un locutorio, aun viviendo en Madrid ó en Barcelona á dos palmos de la casa del viajero al que acompañamos; pero esto es lo que pasa en las grandes poblaciones, y queda completamente absorto en la penumbra de aquella

sala de lisas paredes, como transportado á un mundo de leyenda, viendo y oyendo de hierros adentro á aquellas santas mujeres de distinción exquisita, de amenísima parla, sorprendiéndose los visitantes de que muros y rejas no sean obstáculo para que las buenas madres sepan cuanto en el pueblo ocurre, y estén al corriente hasta de las regañinas de los novios, y más que el que más empingorotado y substancioso *Lunch ó Five o'clock tea* encanta al forastero la espléndida bandeja que sirve en la frailuna mesa la demandadera, como agasajo de la comunidad, compuesto de unas cuantas copas de agua de limón ó de naranja, ó simplemente de agua fresquísima y cristalina de la cisterna conventual, para hacer amable compañía á un par de docenas de bizcochos, que si de pronto asustan al que se considera obligado como *sujeto* del agasajo á apechugar con uno de aquellos que propiamente le parecen zoquetes de escayola, luego, que decidido y resuelto procede á la inmersión del mismo, que al arrojar la blanca careta deja al descubierto su tierno interior, al relamerse el forastero con los últimos centímetros del bizcocho, las más de las veces está luchando con la gana de repetir.

Como es natural y lógico, este pequeño trámite de la dulzura lo suele compartir la madre Abadesa, de la respetable comunidad, dando la triste noticia de la grieta horrible que ha aparecido en la media naranja de la Iglesia, ó la del desplome inminente de la tapia de la huerta; y se aprovecha el tiempo.

Vuelvo, pues, á decir que no se olvide esta visita cuando se considere que ha de ser apreciada en

todo su valor, es oportuna en todas las estaciones; si por el ajetreo vamos achicharrándonos por la calle, los recios muros del Convento sostienen fresco el ambiente interior, y si en el invierno entramos en el locutorio respiramos aire templado, y en todo tiempo el aspecto de la estancia, la suave media luz que se tamiza por la espesa cortina, los cómodos asientos, la dulce lengüetería del registro de las voces monjiles, el perfume que allí se respira, mezcla indefinible de espliego, de azucenas y de incienso, las monjas casi en penumbra, moviéndose y extendiendo al andar sus amplios mantos detrás de la reja, el agua de limon, los bizcochos, todo junto y fundido transporta á los viajeros, como por arte de encantamiento, al fondo de un relicario del siglo XIII, y salen de la santa casa, á pesar de la grieta de la Iglesia y del desplome inminente de la pared de la huerta, llevando al cero el volante del entusiasmo.



Si en algunas ocasiones acompañamos en la visita á los Templos á personajes de esos empingorotados que han ocupado ú ocupan altos puestos, pájaros raros aquí, es cierto, pero que alguna vez vienen y nos hacen ir de arriba á bajo mientras los padecemos, como los sacristanes, además de serlo son amables, y cada sacristán cree por lo menos que está encargado de la guarda y custodia de San Juan de Letrán, ó de Santa María la Mayor, y se complace con estas visitas; aprovechando tan favorable estado de ánimo debemos suplicarle, sin que el visitante lo advierta, que toque un poco el órgano, para que el forastero lo oiga. El sacristán nos atiende en seguida y hay que ver la satisfacción del pájaro gordo cuando se apercibe del filarmónico agasajo, y como se esponja con el honor de que por él y sólo por él atruene el aire la alegre



trompetería, y como se pavonea si su físico le ayuda, y qué agradable le parece todo al compás de la música de *La Viuda Alegre*, ó al del tango del *pón pón*; porque eso sí, el organista no romperá por ningún *Motete*, ni *fervorín*, ni ejecutará siquiera cuatro notas del Miserere del Trovador, si no que aprovechará la ocasión para demostrar al distinguido auditorio, que él es también hombre de mundo y que está al tanto de las modas.

Cuando acompañemos gente corriente, de menor cuantía, de la que comprendemos que no sabe pavonearse, no hay necesidad de que les toquen ningún instrumento; este resorte de la música, es para casos muy excepcionales.



A ir de un lado para otro se puede hacer mención de los edificios particulares y públicos. La casa del conde de....., la del marqués de tal.....; mire Ud. qué portada de estilo churrigueresco, ó barroco, ó del estilo que se nos ocurra decir, y no ver si miran ó no....., andando siempre....., el Ayuntamiento, la Casa Municipal..... ¡la de los tristes destinos!..... y nada más..... es que no hay nada más que enseñar, aunque se vuelva uno mico.

Lo que sí hay que hacer es hablar, es necesario hablar mucho para tener constantemente entretenidos á los forasteros que acompañemos y aparte de lo que recuerdo que tengo antes dicho de cosillas que sin pecado ni malicia se pueden inventar, hay mil interesantes verídicas historias locales, cuyo recuerdo viene á nuestra memoria sólo por pasar por determinada calle, ó mirar á cualquier casa, y con medianas condiciones de narrador que tenga el obligado á hacerse agradable, queda muy bien relatando de un modo sucinto las tragedias ó las comedias vívidas, evocadas por esos recuerdos que nos salen al paso; sobre todo cuando hay necesidad de acompañar señoras, esto de la conversación tiene extraordinaria importancia, hay que forzar un poco la máquina para entretenerlas y el género novelesco les interesa mucho y las distrae más, y considero absolutamente preciso prevenirse un poco respecto á este particular que es muy socorrido. Hagamos, pues, un alto, un paréntesis para la siguiente lección.



Todos los pueblos, en cada generación que se sucede, tienen su novela; lo que ordinariamente suele ocurrir es que no se escribe, que de estarlo nada tendría yo ahora que decir ni aconsejar, porque ordenado el libro en sus correspondientes capítulos, en cada caso que se nos presentara elegiríamos el que creyéramos más á propósito; mas como el trabajo está por hacer y por lo mismo desperdigados los materiales, no tenemos otro remedio que reunirlos cuando nos haga falta y *pian, piani*, mientras no haya cosa mejor ir soltando lastre, sobre todo á las señoras, como antes indico, por ser para ellas la conversación más entretenida.

Resulta pesada la advertencia de que para todo se tenga en cuenta el carácter que manifiesten las gentes que acompañamos, y como pueden ser aquéllas, personas de las que no tengamos antecedentes, y sean por otra parte reservadas, constituyendo una verdadera dificultad el averiguar así de pronto sus gustos y aficiones, debemos insistir en descubrirlos, y como la cara es el espejo del alma, las facciones lánguidas, los ojos dormidos, el color del pelo, un sencillo lunar, cualquier cosa, la más insignificante pequeñez nos da la pista y nos ayuda á dar sin gran

error en el flaco de las forasteras, pues de ellas y mientras otra cosa no advierta, estoy tratando en este apartado.

A montones tenemos á nuestra disposición estos materiales. Son idilios, ó son tragedias, ó son procesos escandalosos, ó lances de sainete, manías de unos, ridiculeces de otros, lo que revuelto y sin ordenar, estando junto constituiría en cada época de la vida de un pueblo su novela, que hay que estar conformes, en que oliendo á algas marinas, entre arboledas frondosas, ó peñas arriba, todos la tienen.

Aquí vive, ó vivía, se dice, mirando á la casa que nos evoca el recuerdo..... y se empieza la historia y no tuerza nadie el gesto creyendo que se trata de un consejo difícil; todo lo contrario, fácil, facilísimo en extremo; es lo que hacemos siempre, y que para que resulte mejor aconsejo orden, reflexión y algún adorno propio ó ajeno del lance que nos ocupe, con el fin de darle amenidad, volviendo á recalcar que no hay que meterse en honduras, ni salir por los cerros de Úbeda, es aquello de hablar de lo que nosotros tenemos olvidado á fuerza de sabido, pero que para un extraño, por simple que sea (el lance), recargando un poco las tintas resulta interesante; debiendo contentarnos con que los oyentes aparentes que les interesa el asunto, que es lo mismo que ocurre con



un libro latoso, cuando no se tiene á mano lectura mejor.

Para la elección de la historieta viene de molde mi cansada recomendación. Si son gentes de peso á las que acompañamos, gentes que sudan mucho, á esas que tardan más en impresionarse, lo más sombrío, lo que tenga más elemento trágico, y á las personas de aspecto débil y enfermizo, lo que sea plácido, lo que sea idílico; yo hago eso siempre. ¡Ah! si hay señoras con gafas, á esas todo, absolutamente todo, son insaciables.



Cuando se trate de acompañar caballeros, la parte novelesca de la población no tiene tanta importancia, á menos que ellos mismos demuestren lo contrario con sus manifiestas inclinaciones. Si las tienen artísticas, dando los rodeos que sean indispensables, cogiendo la ocasión por los cabellos y hablando, así sea de pasada, de un cuadro, ó de pintura, ó de pintores en general, á lo que se presta el panorama, sea donde quiera, con tal de que nos encontremos de puertas afuera, se les dice una particularidad que en Lorca ocurre, tan notable, que es posible que no se encuentre cosa igual en ninguna otra parte del mundo.

Doy el consejo, porque una vez que tuve la buena idea de practicarlo, fué tal el resultado que obtuve, que desde entonces lo llevo en cartera.

Tal vez aquel primero á quien le hice observar la particularidad á que me refiero (un ricacho de Logroño muy colorado y muy instruído, que proyectaba establecer aquí una fábrica de azúcar de remolacha) sería un impresionable, lo cierto es que el hombre si vió algo bueno por acá, lo olvidó, pero sé que un semestre entero estuvo diciendo á todas sus amistades y conocimientos; «he estado en un pueblo,

en Lorca, donde ¡pásmense ustedes!.....; en fin, voy á descubrir lo que es; una de esas caprichosas rarezas que parece punto menos que imposible que puedan ocurrir.

Tenemos aquí dos excelentes profesores veterinarios, competentísimos en su facultad, y muy buenas personas. Los dos, porque lo merecen, ocupan casi siempre cargo oficial en su honrada profesión, y tienen por todo muy merecidas las simpa tías generales.

Nada de lo dicho hasta ahora es extraordinario, ni raro, sucede aquí y de igual modo puede suceder, en donde quiera que haya materia prima para dos veterinarios.

Lo asombroso, lectores míos, lectores de Lorca que aún no hayais caído en la cuenta; lo verdaderamente estupendo es, que aquellas dos amables per-



sonas, los dos acreditados veterinarios, llevan nombres archi-ilustres en el mundo del arte, aumentando lo raro y asombroso de la coincidencia, ver que esos nombres no lucen en genios que en distintas ramas del arte brillan ó brillaron, si no que para que la coinci-

dencia llame más la atención, los repetidos veterinarios ostentan nombres de pintores de fama universal. Uno se llama ¡Alonso Cano!; el otro veterinario es ¡Moreno Carbonero!! ¿Se atreve alguien á presentar un caso semejante?

Vuelvo á decir, sintiendo hacerme pesado, que se aproveche el consejo cuando se comprenda que *nuestro* forastero nos entiende, porque (triste es decirlo) hay mucha gente bien vestida, que no sabe que hubo Alonso Cano en el mundo, ni que hay Moreno Carbonero.

Ya me iba á pasar á otro párrafo sin advertir para dar cuantas facilidades de mí dependan, que si acompañando señoras, alguna de ellas usa gafas, á ésta se le puede decir lo de los veterinarios.



Sigamos con los caballeros, Si son *forlimpones* de esos adinerados, burgueses preocupadísimos, como es natural, con la cuestión latente, con la lucha á muerte entre el capital y el trabajo, mirando el peligro que puede tener el poquísimo que á ellos les cuesta desollar al prójimo, ó cobrar el cupón, con los forasteros de esta clase tenemos también buena oportuna conversación.

Les decimos, y no es mentira, ni exageración siquiera cuanto les díganos, que Lorca, nuestro pueblo, es el *mirlo blanco*, en cuyo recinto jamás puede tener vida, ni suscitarse la pavorosa cuestión social, que trae de cabeza al orbe entero.

Que no tenemos grandes industrias, porque á ello no se prestan seguramente las condiciones del país, que es agrícola, *eminentemente agrícola* (y por Dios, que no se olvide lo de eminente, siempre que haya que decir agrícola), y el funcionamiento de la agricultura, es modelo, es el *desideratum* de los que se queman las cejas dedicados á estudiar estas laberínticas cuestiones sociales.

Les añadimos, para que ya vayan completos, que los terrenos de regadío, que son una pequeñísima parte del extenso término municipal, están, cuando no los cultiva el propietario, cedidos á colonos mediante un canon fijo, y los demás, las fincas de se-

cano, se llevan desde inmemorial, desde el tiempo de los moros, (que por aquí está bien zarandear á los moros con relativa frecuencia) en aparce-
ría, por virtud de cuyo contrato son due-
ños el propietario con su capital en el valor de la finca, y el la-
brador con el suyo, en su trabajo y en los aperos indispensables para el cultivo, contribuyendo los dos



labrador y dueño á las cargas del Estado separada-
mente, y repartiéndose por igual los beneficios, lo que constituye, como digo, el ideal de los economis-
tas y de los sociólogos, que día y noche, en la Cá-
tedra y en el Ateneo, en el libro y en el periódico, están con toda formalidad dedicados á estas graves materias.

Que como ven. (seguimos) por este lado esta-
mos tranquilos, y como nuestra industria local casi se encuentra limitada á la más rudimentaria y pri-
mitiva alfarería, en el caso más grave é improbable, porque hasta ahora ha reinado entre los modestos fabricantes de cántaros la mayor conformidad, podrá suscitarse la cuestión, de si es menos penoso hacer las panzas, que tener el cuidado de las bocas, pero este conflictillo si algún día se presenta, será de fijo resuelto por el último dependiente municipal, sin ul-
teriores consecuencias: no hay que temerle.



Tenemos un Pantano, llamado de Puentes, á catorce ó quince kilometros de distancia de la población, obra extraordinaria de ingeniería, que merece para él solo, y hay quien lo hace, un largo viaje sin molestia ni detrimento alguno para nosotros, para los indígenas.

Pero cuando el *turista* que nos marea tiene marcados aquí tres ó cuatro días, entonces, la obra prodigiosa, el portento de construcción hidráulica, el Pantano, constituye un verdadero y serio peligro.

Digo, que cuando el viajero viene despacio y por cualquier circunstancia tengamos ineludible deber de obsequiarle, contando previamente con quince ó veinte duros en el bolsillo, ó con valor para afrontar el embate de los acreedores por esa pequeña suma, se puede disponer una expedición al Pantano, á *nuestro famoso Pantano*, que esa y no otra es la frase que debemos usar. Se prepara una buena cesta con merienda, se avisa carruaje y ya se sabe que combinando bien las horas, según la estación, se pasará un día delicioso.

La casualidad de que alguna de las compuertas, por necesidades del regadío ó del Pantano se en-

cuentre abierta, y la falta de un buen camino á la obra monumental, pueden facilitar el nuestro para ir buenamente escurriendo el bulto y hasta llegar al ahorro de las cien pesetas *del ala*, y en caso de que no haya habido más remedio desde el primer momento que pensar en la expedición y decidirla, se señala para llevarla á cabo el último día que el forastero piense estar por aquí, por si un benéfico temporal de lluvias, una indigestión del viajero ó cualquiera otra eventualidad nos favoreciese. Téngase en este último caso muy buen cuidado de deplorar el contra-tiempo, siquiera para rendir un tributo á la verdad en cuanto con el Pantano se relaciona.

Si la persona ó personas á las que debamos acompañar son madrugadoras, ya que del Pantano acabo de hablar y de aconsejar lo que se debe hacer para salir de él, si se puede, se les ofrece en las primeras horas de la mañana el curioso espectáculo de la venta del agua de aquel inmenso depósito, para las

necesidades diarias de los hortelanos.

He llevado á varios á que presencien el acto, que es público, y al ver las caras de asombro que les ha producido, me he limitado á decirles que era un sistema

de venta que, á la vez del de la distribución de los



riegos, implantaron los árabes, y decirlo de forma tal. que parezca que nosotros no estamos bien enterados.

Advertencia importante. Que no se nos escape nunca que el señor que preside la venta del agua es un ingeniero de esos que se pasan para serlo quince ó veinte años, soltando substancia gris, en lucha cuerpo á cuerpo con el cálculo infinitesimal é integral, porque no nos creerán. No hay más que lo dicho, al salir de allí, del Alporchón, decir que como su mismo nombre indica nos lo dejaron los árabes; que es cosa de moros.



Si madrugan, porque madrugan y se hace preciso á media mañana echarle al cuerpo un *tente en pie*; por la tarde, por la noche, como cualquiera que sea la hora á nadie le amarga un dulce, si nos va bien con los forasteros y queremos tenerlos contentos, hacemos un alto precisamente en el punto más estratégico de la población, como número obligado del programa diario, descansando diez minutos en *La Caña de Azúcar*.

Si son gentes que se ríen fácilmente, y si además de reirse con facilidad tienen las narices largas, puede jurarse que son golosas y la parada les agradará y se encandilarán con tanto espejo y tanta cristalería y tanto bueno como hay que ver dentro del establecimiento, y sobre todo como golosos quedarán sorprendidos ante la *gama* del obrador, artísticamente desarrollada sobre los mostradores, de cuya *gama* se escapa cada *yema real* y cada *tocino*, quiero decir, cada tierna y dulce nota, que deja la lengua propiamente pegada al cielo de la boca.

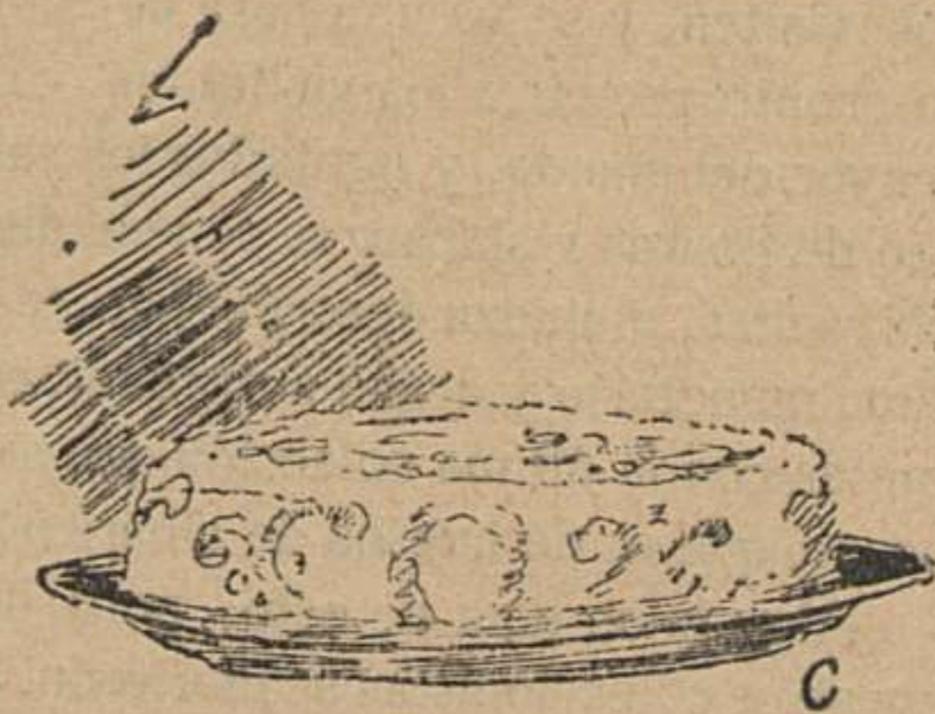


Que no se tome á broma lo de las narices largas, que son indudablemente un signo de distinción; los chatos son insípidos para todo.



Lo del encandilamiento está tan claro, que no hacía falta decir que se refiere única y exclusivamente á los caballeros, y si tenemos á nuestro cargo á un grupo mixto, lo más probable es que aquéllos, aunque hayan *pasado de la raya*, casi se nos desmayen en cuanto vuelvan á poner el pie en la

calle al salir otra vez de la fonda, y se imponga la necesidad de dar cuanto antes en la confitería, y casi seguro que las señoras no quieran entrar, porque se les *empachó* allí algo el día anterior.





Hay pueblos que tienen la suerte de poder ofrecer al visitante, como en una casa particular se enseña *el Loro*, á uno de esos sabios raros que viven como ocultos en un rincón, pero que—coleccionistas, por ejemplo— se complacen extraordinariamente en que los visiten, y se va á la casa del sabio, que sabe por lo pronto recibir á los visitantes con la amabilidad mayor del mundo, y agotados los saludos y el tiroteo de finuras y alabanzas pone al descubierto sus cachivaches, empieza describiendo *ce* por *be* un riquísimo monetario y acaba sorprendiendo á los circunstantes con la última colección que se le ha ocurrido hacer, que es de huesos de albaricoques.

Algo hubo aquí de esto, pero desgraciadamente nuestros coleccionistas se murieron, y lo que es peor, sus colecciones *volaron* y en la presente generación no hemos encontrado aún á quien colgarle el mochuelo de *sabio*, seguramente porque á nadie se le ha ocurrido medio recluirse en su huronera y empezar á coleccionar—por algo se empieza—botones de chaleco, que el día que esto suceda sabio tendremos, que por lo menos para enseñarlo aprovecha, y á ciertas horas de calor ó en días lluviosos llena su hueco.

Al presente vivimos en plena estepa, reducidos todos al mismo nivel, de manera que de aquella felicísima clasificación de aquel gran Arcipreste de Hita, que dijo que los pueblos se componían de *próceres, magnates, homes, homecillos y monicaquetes*, como nos encontramos sin punto de comparación, podemos adoptar para nuestro uso interno, cualquiera de las categorías; lo mismo da.

Al claro entendimiento de los lectores queda que esto últimamente escrito no es ni más ni menos que un desahogo del espíritu al deplorar una pequeña falta, pero dejémoslo entre pecho y espalda por ser cosa de lo que no conviene hablar.



Puede ocurrir, que la estancia en esta población de los señores que acompañamos coincida con determinadas fiestas, como feria, carnaval, paseos en reducidos días de verano en las alamedas, que son como nuestro pequeño *Bois de Boulogne*, con su *grand prix*, por costumbre inveterada y por lo mismo respetable, en los días de San Juan y de San Pedro, y en estos días, que podemos considerar como los cazadores á los de nieve, *días de fortuna*, el trabajo se simplifica extraordinariamente y tomando lo que no haya más remedio que tomar á la ligera de lo anteriormente aconsejado, el esfuerzo debe limitarse á *encerrar*, ó á reducir á los forasteros, empleando para ello la conveniente preparación, en los que sean puntos de reunión en las ocasiones, que como ejemplo dejo consignadas, y con hacer esto tienen bastante.

Aconsejo, llegado este caso, que no seamos pesados con los que acompañemos, describiéndoles la cabida, situación y linderos de las gentes que veamos, puesto que en estas ocasiones, claro es que la gente es lo principal. Que ellos se fijen, que observen, que mediten y si alguien les choca y ellos preguntan, justo, justísimo es satisfacer su curiosidad

entrando á saco con la persona señalada, pero nada más; que la iniciativa no sea nuestra para evitar la pesadez.

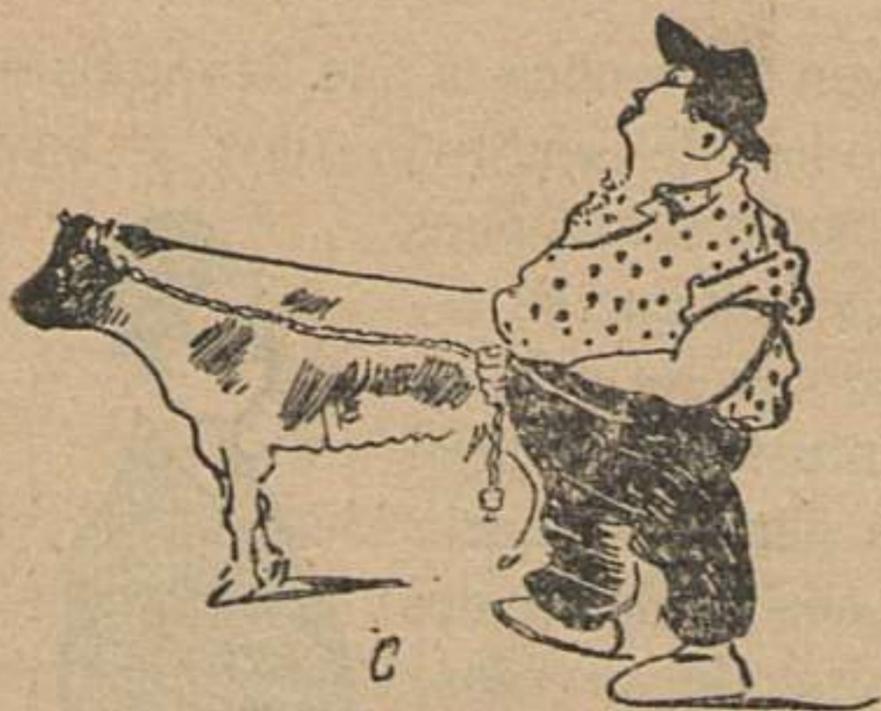
Si es gente joven masculina la que llevamos áuestas, sabemos que han de ser todo ojos y hay que dejarlos como abandonados, pues por regla general sabemos que se están relamiendo de puro gusto y si en algún momento de entusiasmo dirigen su atención como la dirigirán hacia alguna muchacha, y nos la alaban como merece y se admiran de sus ojos, ó de sus cabellos, ó de su color, ó de su turgencia, ó de su gracia, ó de todas las cosas juntas, que el caso es posible, les contestamos levemente, les damos el nombre de la muchacha que casi siempre será bonito, y si no lo es, nosotros en aquel momento la bautizamos con el que más armónico á las circunstancias nos parezca y en paz; ya digo, cuatro noticias leves, levísimas, sobre si tiene ó no tiene novio, de si toca, ó canta, ó baila de un modo extraordinario, y punto concluído.

Este punto concluído del final, quiere decir que olvidemos el insano afán de dar noticias que ó no vienen á cuento ó que son perjudiciales.

Los pocos que me lean, que fijamente alguna vez se han visto en este trabajo de acompañar forasteros, de *pasear la ternera*, como si dijéramos, son los primeros que en el momento culminante del entusiasmo de un extraño por una muchacha, se han matado



por ladear los estorbos que hubiera delante y dejando libre y expedito el frente del viajero, señalando



sin miramiento alguno á una señora más ó menos vieja ó más ó menos gorda, echada de bruces en el balcón de al lado, ó que con otras seguía á la muchacha objeto del entusiasmo, se

han despepitado por decirle «y aquella es su mamá», grave y perjudicial imprudencia que se comete al no contenerse en los debidos límites.

No, por Dios; no hay necesidad ninguna, absolutamente ninguna de esta ampliación hecha á través de veinticinco ó treinta años por lo común, que si no son siglos, años sí que son y no hay precisión, ni por otra parte es costumbre servir en el mismo plato la uva y la pasa. No es otro el motivo; porque



no hay de ello precisión

porque no hay necesidad.



Si durante la estancia del forastero se presentara la ocasión de que hubiera un buen entierro, nos frotamos las manos de gusto, la aprovechamos y procuramos estar por la carrera á la hora conveniente; porque los entierros son de las pocas cosas que aquí se hacen muy bien y dan buenísima idea de la población bajo este fúnebre aspecto.

Muchos estandartes y guiones; mucha dependencia con *hacha*; pobres asilados, que á modo de personajes de sainete van muy propios para el caso; buen golpe de clerecía; música imponente; féretro lujoso y mucho acompañamiento, mucho, mucho.....

Notarán los que observen, que ni el traje ni la cara de los concurrentes, ni aun de aquellos que van en primer lugar representando á la familia del difunto, indican dolor ni tristeza alguna; pero esto ocurre como aquí, fuera de aquí, por regla general, y no hay que meterse á discurrir sobre esta falta de signos aparentes del dolor y de la tristeza; se pasa un buen rato, quiero decir, largo, y no hay que ahondar más en el asunto.





Es fácil, probable, casi seguro, que los forasteros, por pocos que sean los días que por aquí estén, así sólo sean los tres precisos del proverbio antiguo de que «huésped y pece á tres días hiede», es seguro, repito, que para desempeñar encargo, ó devolver cumplimiento, tengan que hacer alguna ó algunas visitas, y como los caballeros de los pueblos solemos ser tan poco aficionados á éste, en realidad sencillo trámite, del trato social, creo que no huelgan aquí cuatro ligeras nociones, extractadas de más amplio estudio inédito á este punto de las visitas dedicado. Ruego, pues, un poco de atención á los señores que me lean y termino en seguida.

Vamos de visita, y cuando hayamos logrado entrar en la casa visitada, lance algunas veces pesado y para el que no basta contestar con la mayor humildad al grito estentóreo de la criada que nos pregunta quienes somos, si no que son precisos para abrir la puerta repetidos exámenes por la mirilla y sufrir variados chirridos de diversos cerrojos de distinta entonación, que se descorren, aconsejo que ya cuando estemos de puertas adentro, nos dejemos conducir como si propiamente fuéramos un manso rebaño de dóciles corderos, si pasamos de pareja, al aposento que determine quien nos recibe, dejando á un lado esas falsas familiaridades de «donde ustedes

estén» ó «de aquí no pasamos» de uso tan corriente, pero tan propensas á ocasionar pequeñas y aun grandes vergüenzas á los visitados y á los mismos visitantes, y acepten sin pugilato el asiento que nos ofrezcan, que los dueños de una casa saben mejor que nadie dentro de ella del pie que cojea cada cosa.

Es muy minucioso el estudio del que estoy extractando estas nociones convenientes al hacer visitas. Recuerdo, aunque aquí á nada venga, que como regla general se da allí, en el pequeño tratado, la de que las visitas deben hacerse en plena salud coporal, porque sería una completa ridiculez, que los que visitan llegaran á la casa visitada con sus *trajes de luces*, diciendo «todo esto nos hemos colgado y nos hemos echado á la calle para ver á ustedes, y *nos estamos muriendo*», que es la frase de uso más vulgar, cuando el propio interesado se queja de una leve indisposición.

Esto sólo puede hacerse ó permitirse en visitas de pésame, por varias razones. Porque se agradezca más la visita, porque reglamentados como están los sentimientos, son fatales los plazos señalados para cumplir, y porque son más sencillos los pelendengues de indumentaria exigidos para los tristes cumplimientos.

En los demás, este recurso de los quejidos de enfermedades reales ó supuestas, debe dejarse y lo pueden administrar muy bien y lo administran en la mayor parte de los casos, las personas que reciben la visita, y si la señora ó el caballero de la casa se queja amargamente de un orzuelo, digo por decir, los visitantes quedan muy bien indicándole ocho ó

diez recetas eficacísimas, de esas que todo el mundo conoce, y sobre todo y más que todo, procurando convencerle con cuantas razones puedan aducirse y extremarse, de que *no es nada lo del ojo*.

Aunque en realidad nada ó muy poco tenga que ver aquí, voy á consignar un consejo que forma parte de los del manuscrito referente á las visitas.

Sin haberlo dicho aún, saben los lectores que siempre que hablo de forasteros, refiriéndome á los que tengamos el honor de acompañar, de los que estén entre nosotros tres ó cuatro días, de los que nos llevan de un lado para otro queriendo y sin querer, serán altos ó bajos, morenos ó rubios, alegres ó tristes y hasta insípidos ó golosos, pero siempre gentes educadísimas, que están al tanto de todo; nada hay, pues, que aconsejarles ni advertirles, pero por si el manuscrito de referencia permanece inédito *in secula seculorum*, es tan curiosa la observación que motiva el consejo, que aunque siente ahora, repito, como á un Santo Cristo un par de pistolas, aprovecho la ocasión de que quede estampado, con la advertencia anterior de que no va con los forasteros.

Digo allá, que los que al hacer una visita tengan la suerte de quedar sentados á la orilla de un sofá ó en una de esas butaquitas que en sus brazos tienen borlas, no se dediquen—por precaución—á jugar con las borlitas, que parece que sin querer se vienen á la mano, porque es entretenimiento expuestísimo.

Empieza el juego como todos, sin que se sepa en qué va á concluir, y en muchísimos casos es tanto el

zarandeo con los sedosos cordoncillos, que el caballero juguetero inconsciente, se encuentra sorprendido con la borla en la mano. Aludo, como se ve, única y exclusivamente á los caballeros de genio corto, porque las señoras para todo tienen fácil salida.

No se trata de que sea un crimen nefando el hecho cometido, porque el pequeño mal, una vez que adquiere el carácter de inevitable, dejando el cuerpo del delito en cualquier parte, en el mismo santo suelo, se conseguía la inmediata restauración del ornato perturbado, con la intervención de una tachuela ó la de un simple alfiler, acompañándonos á la vez la gratitud eterna de los dueños de la casa. Pero es el caso, y sé que me están leyendo testigos de mayor excepción, que jamás ocurre esto; lo que siempre sucede es que en vez de evitar el daño el que sin darse cuenta lo cometió, con el mayor disimulo cierra la mano todo cuanto la borla se lo consiente, y se la mete en el bolsillo, como si fuera buzón de inclusa, para ocultar su deshonra.



No tendría nada de extraño que alguno de las familias que el forastero, ó los forasteros, nuestros huéspedes, tuvieran que visitar, se encontrara de luto, cosa que salta á la vista desde que se llega al portal de la casa, por la expresión de dolor que supone el cierre completo de una de las dos hojas que las puertas suelen tener y en muchos casos, cuando aquel dolor es fresco ó se refresca constantemente con lágrimas y suspiros, con el medio cierre de la otra hoja, sin que acierte á comprender por qué se le llame á esto tener la puerta *á cuchillo*, por no ver ni remota semejanza entre el entornado y el instrumento cortante en cualquiera de los usos á que se le dedique; puede que esto, como tantas otras cosas, venga también desde tiempo de los moros, y por si es así, respetémosle.

Iba diciendo esto para hacer notar, que en la mayor parte de los casos, este sentimiento, *de madera* podemos decir, por fresco que sea, por estrecho que á simple vista notemos el cuchillo, cuando es racional, cede sin dificultad al cariñoso impulso de un débil esfuerzo de la mano del visitante, y nada hay que decir, pero es que podemos llegar frente á una casa en la que aparezca ostensible el sentimiento de madera y sentimiento reciente, y como

podemos ir con gentes gruesas, sobre todo señoras, que para sus ensanches naturales como para todo tienen más libertad que los caballeros, algunas en tal estado de lucidez corpórea que quien las mira ni les llama gordas, ni guapas, ni feas, ni nada, sino que se limita á exclamar viéndolas de frente y de costado ¡gracias á Dios!, la peligrosa posibilidad de que llevamos con nosotros, repito, algún caballero archi-gordo ó alguna de estas señoras de ¡gracias á Dios! nos ha hecho tropezar por fuerza en el *sentimiento de madera*.

Semejante sentimiento en el grado de exageración suele fundamentarse en la *cuña* ó en el *taco*, según la forma que al punto de resistencia haya querido dar libre y espontáneamente el carpintero encargado de la reforma, pues suponemos lógicamente, que la familia de la casa, que en los primeros días del duelo, que escuando estas cosas se disponen, tiene forzosamente que estar desolada, no se ha ocupado de la forma del obstáculo, encargando con sencillez espartana la resistencia de la hoja de la puerta, para que el dolor no se ponga en tela de juicio, y nada más.



El peligro del obstáculo que ha resultado de ta-

maño exagerado, se ha visto en seguida, de esto no cabe duda alguna, á los de dentro, pero es mucho pedir que vuelva de su acuerdo nadie en los primeros meses, cuando parecen pocos todos los entornados y todas las obscuridades y tenebreces, y no hay quien se atreva á llamar al carpintero para que rectifique la obra, que es cuestión de minutos, porque llamarlo y decirle con más ó menos dejo triste, «cepílleme usted un poco el taco», es algo equivalente á decirle alívíeme usted en virutas el sentimiento» y primero moro.

Lo mejor, para evitar peligros, sería que disimuladamente se tomara la medida á las dos ó tres personas de tamaño descomunal que suelen entrar en todas las casas, personas que son las que están llamadas á ser, si hay error, las víctimas propiciatorias del sentimiento de madera, y poner el desarrollo de ellas de acuerdo con el aparente dolor, y así nunca se llamaría la atención de nadie y se evitaría una vergüenza á los dueños de la casa, por sentidos que estén, y un sofocón de tomo y lomo (nunca mejor aplicado el dicho vulgar) al visitante gordo que puede haberse visto en el duro trance de que le tengan que prestar ayuda para salir del paso, que en los difíciles ya sabemos que por la velocidad adquirida, por la inocente vanidad innata del ser humano que no ve lo que no quiere ver, y otras concausas, la entrada



siempre es relativamente fácil y lo malo en todos ellos es la salida, para lo que son pocas todas las previsiones.

Si me lo pidieran, aconsejaría como más llano y prudente para todos, que el *sentimiento de madera*, ya que de él no se pueda prescindir, se manifestará á *gozne libre*, dejando á la perspicacia del entrante y saliente, á su culto por estos detalles, á su intimidad con la familia ó á su oficiosidad, pesar y medir el ángulo del dolor que debe formar la hoja entrea-bierta con la fija, y en último término, si el perspicaz, el oficioso, ó el íntimo se descuidan, dejar que quien abra ó cierre la puerta sea el árbitro del cuchillo de la pena.



El agua, el verde, los templos, las pinturas, las imágenes sagradas, el locutorio de las monjas, el Pantano, el Alporchón, «La Caña de Azúcar», en caso las visitas, la feliz y problemática casualidad de un buen entierro..... y pare usted de contar, y hay que devanarse los sesos y ni aun devanándoselos se consigue encontrar nada más con lo que poder entretener la estancia de quien no traiga mucha prisa.

Y lo que llevamos hablado y escrito es mientras nos alumbra la luz del sol, pero ¡ay! cuando la noche tiende su negro manto el entretenimiento ya no es difícil, si no que adquiere las notas y caracteres de las cosas imposibles; no hay sitio bueno, ni siquiera malo, donde pasarla bien.

No es que antes viviéramos en la gloria ni muchísimo menos, pero tiene justificación el sonsonete del estribillo de que esto está cada día peor, porque todo es relativo en el mundo y la decadencia se nota.

Los casinos para los días de mal tiempo y siempre para las noches son un refugio en todas partes y á un forastero se le lleva al casino y se tiene la seguridad de que poca ó mucha se le proporciona una distracción.

Tenemos casino, lo que ni siquiera había que de-

cir, porque semejantes centros de recreo los tiene ya cualquier cortijada, pero la verdad, dudo mucho que un casino como el nuestro, sirva en el recto sentido de la palabra, para recrear á nadie.

Empieza por tener pobre perpetuo en la puerta, cosa tristísima para dar las buenas noches, y como sólo está allí para pordiosear á los que en el edificio entran, los que entran son pocos y estos pocos á diario son los mismos, con que hubiera un cepillo y en él le recogieran las limosnas, podrían enviárselas á casa al pobre viejo y librarlo del frío y de la humedad, quitando á la vez de allí aquella cosa triste. Si creen que hace falta verlo, que lo pinten en el quicio de la puerta, pero al pobre *de verdad*, que lo quiten.



Pensé antes de lo últimamente escrito decir, que en otras localidades, además del paisaje y de la parte monumental, antigua ó moderna de la población, tienen establecimientos benéficos, gala de los pueblos, por ser expresión acabada de sus sentimientos, donde se cristaliza su espíritu.

Estas casas, donde las hay, se pueden considerar como mixtas en lo que se refiere á la distinción que hicimos respecto á los viajeros, considerándolos como devotos, ó como fuertes de ánimo; sirven para todos, porque á unos les encantan las buenas hermanitas que la sirven, la advocación que lleva, la fervorosa piedad que demuestran los altaritos de las salas, todo, en fin, lo que es religión en amigable consorcio con los adelantos en cuanto á higiene se refiere, porque dotados de la última palabra en este importantísimo particular son la admiración de la otra clase de viajeros.

Algo hay por aquí que debiera merecer la pena de que se pudiera ver, pero hasta nuevo aviso no conviene intentar la visita; la pobreza general del país, el mismo deplorado aislamiento de la gente, la falta de iniciativas, la de perseverancia y alguna otra causa que no se me alcanza, hacen que ni hospitales ni asilos estén hoy por hoy en condiciones de ser expresamente visitados. Sirven como pueden al objeto de su fundación ¡ya lo creo que sirven!, pero nada más y Dios quiera que se conserven... *spes nostra.*



PUNTO Y APARTE

Creo conveniente y necesario interponer un gran *bigote*, una patente separación para tratar un extremo, que estoy seguro que ha llamado ya la atención á los lectores que me conocen verlo omitido, principalmente por ser yo el que escribe, y así como no hay duelo sin risa, cabe perfectamente en esta larga broma echar un cuarto á espadas con lo serio, endilgando unos cuantos párrafos con toda formalidad en debida explicación por una parte á los sorprendidos, y en debida justificación para todos los que lean.

El extremo omitido, del cual debo la aclaración cuando con tanta minuciosidad he aconsejado lo que debe verse, lo que debe andarse, y hasta de lo que conviene hablar para matar el tiempo, es el referente á la visita al Santuario de la Patrona la Virgen Nuestra Señora la Real de las Huertas..... eso sí, títulos desde los tiempos más remotos, no le han faltado.

La bendita imagen, enlazada íntimamente con la historia de moros y cristianos, procede del propio relicario del Príncipe Sabio, ó fué el estandarte del Obispo Palomeque, acompañante del Príncipe en sus guerreras excursiones y quedó aquí felizmente para siempre, desde la expulsión de la morisma,

aclamada por los lorquinos como su patrocinadora.

Está situado el santuario en uno de los lugares más hermosos de la huerta; hay hasta llegar á él un corto delicioso paseo, llano y sombreado por frondosas alamedas; da motivo á ocupar toda una tarde, y no obstante tan apetitosas circunstancias por las que parece imprescindible que fuera una de las cosas que en primer lugar se hicieran, por mi parte, sin ser sospechoso, porque tengo reconocidas devotas aficiones; á pesar de esto, repito, cuando me caen forasteros ni los llevo allí, ni aconsejo á los lectores que lleven á nadie.

Es muy posible que mi especial devoto afecto á la Virgen de las Huertas me lleve, sin darme cuenta, á exagerar un poco la nota en lo que va en seguida, pero los que sientan aquel afecto como lo siento yo, que no son pocos en Lorca, si reflexionan están de fijo á mi lado.

Digo, que procuro no llevar á nadie á visitar la iglesia de nuestra Virgen titular sin embargo de lo ameno del paseo y de lo hermoso del sitio en que está situada, porque aquello no está para que nadie lo vea.

Si es gente apasionada por las cosas artísticas, no hay que decir, y si es de la otra, de la propiamente devota, es mayor aún el peligro.

No había que pensar en que la iglesia de nuestra Patrona fuera el Duomo de Milán, ni cosa por el estilo, nada de eso, pero de aquello que ni las riquezas nuestras, ni lo limitado de la devoción de un pueblo permiten, á lo que realmente hay, media un verdadero abismo.

No es nuestra la culpa, ya lo sé y lo triste es considerar, que en cuanto á manifestar su devoción á la Virgen, á esta Virgen de las Huertas, han quedado á igual altura todas las generaciones de lorquinos, desde los días del Rey Sabio hasta el presente.

Sin salir del casco de la población, la piadosa munificencia de algunos particulares, la de las órdenes religiosas ó grupos de feligreses de una Parroquia, nos han legado magníficos templos y capillas y lo que hizo una sola persona en cumplimiento de un voto, una asociación, ó una feligresía, para satisfacer su espiritual necesidad y su gusto, no ha podido realizarlo con varios siglos á su disposición un pueblo entero, que en tiempos en los que considero punto menos que imposible toda mejora, ofrece como muestra de su gran devoción, esa feísima, pobre, destaralada iglesia en la que está el camarín de la Virgen.

Echemos el paseo por otra parte; no hablemos de esto con los forasteros, que nosotros ya estamos acostumbrados á ver la torre caída, el templo agrietado y todo humilde, pobrísimo, en el sagrado recinto, y conformes, absolutamente conformes con que una antigua familia adorne con luces y con flores dos ó tres veces durante el año el trono de la Santísima Virgen y ponga á la bendita Imagen en esas mismas solemnes ocasiones el vestido y la corona, ofrenda de una Reina de España, que no era, naturalmente, ni vecina de Lorca.



Es preciso terminar para no agotar la paciencia, si por acaso he tenido lectores que lleguen hasta

aquí, y porque me conozco y sé que soy propiamente un sauce y veo que lo que empezó en consejos, lleva camino de acabar en lamentaciones estériles y baldías, pero por el sentimiento que me produce lo que para la Virgen podíamos tener y no tenemos, se me ha ido un poco la mano.

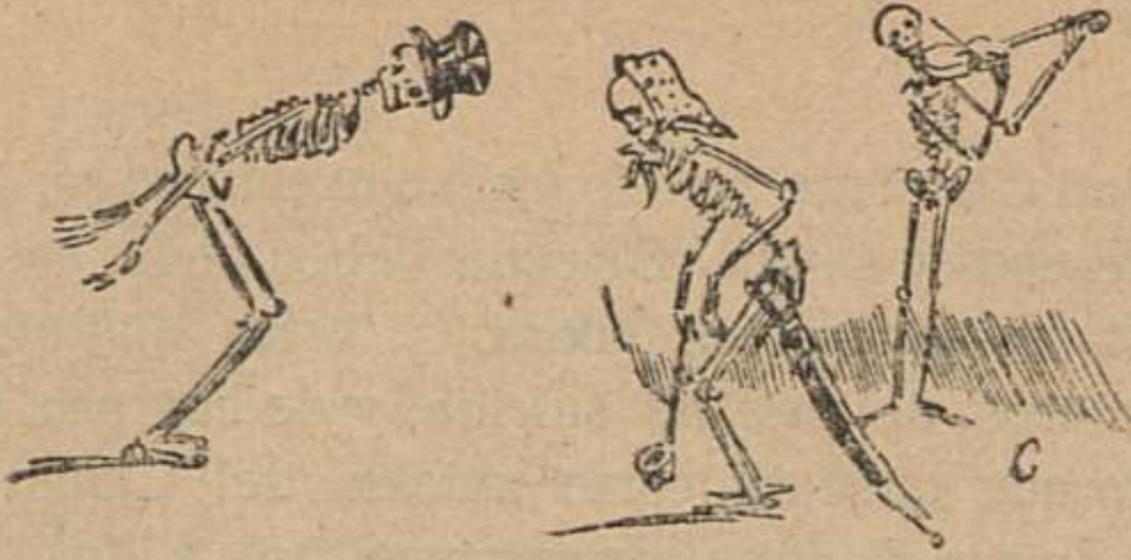
Pido perdón y concluyo, lo que traducido al lenguaje vulgar quiere decir que guardo el rabo y ceso de matar moscas y me alegraré muchísimo que los que me lean no tengan necesidad nunca para nada de estos consejos ni de otros mejores, que será señal indudable de que Dios, en su infinita misericordia, en medio de tanta desventura los va librando de una verdadera calamidad, que aún hay gente de suerte en este mundo, que aún hay á quien le toca el gordo de la lotería y hasta hay quien se muere sin haber conocido suegra, que es *bajar la pendiente de la vida*, dicho sea en estilo dantesco, como el rayo del sol por el cristal.

FIN

1910, á 1915 ¡Qué barbaridad!



El autor al terminar el libro



CONFERENCIA

Leída por su autor, en el Colegio de San Clemente, en la noche del 12 de Marzo de 1911, en la velada de Carnaval de dicho Centro de enseñanza, dedicada á su director D. Manuel Pelegrín Dunn.

SELECTO AUDITORIO:

Bien lo sabéis; no obstante haber pertenecido á todos los centros y sociedades literarias y científicas que han existido en esta población en los últimos treinta años, nunca, jamás, en ninguna ocasión he tenido el valor suficiente para ocupar una tribuna igual que esta, creyéndome incapaz en absoluto de llenar por mí solo diez minutos, bien aconsejado sin duda por mis escasos conocimientos en cualquiera de las ramas del humano saber.

Hoy, medio viejo y medio enfermo, tengo que ceder á afectuosos requerimientos de la amistad, y culpa del Director y de los Profesores del Colegio

de San Clemente será lo malo que esto salga; á esos Profesores y á aquel Director deben pedir estrecha cuenta estas amables señoras y estos distinguidos caballeros, del engaño sufrido, y de hoy más estoy cierto que quedará como axioma del Claustro de este Centro docente para transmitirlo á sus alumnos «que no debe hacerse correr al caballo que de potro sólo dió pruebas de mansedumbre».

Cualquiera creerá, que con las cuatro palabras del párrafo anterior, que de un modo ó de otro son las cuatro vaciedades que es costumbre decir al empezar un trabajo de esta clase, ya he sosegado mis nervios, ya he preparado el terreno, y voy en línea recta á ocuparme de lo que sea materia de esta Conferencia, haciendo lo que todos los conferenciantes hacen: empezar, como es natural, por el principio; ir paso á paso hinchando el asunto enunciado, y bien redondeada ya su exposición y sacadas del mismo las racionales consecuencias, si la cosa expuesta era capaz de tenerlas, ya bien exprimida la cuestión y transcurridos treinta y cinco ó cuarenta minutos, porque no hay derecho á mayor abuso, terminar, hacer punto final con un giro más ó menos elegante, según el arte y gracia que tenga el que conferencie para manejar el latiguillo.

Nó y nó, señores míos; nada de esto va á ocurrir, ni yo mismo sé en este solemne instante lo que aquí va á pasar, porque después de romper una tras otra inútiles cuartillas, en Dios y en mi ánima juro que me he puesto á escribir éstas dándoles carácter definitivo y aun siendo así, en el punto en que me encuentro, sólo sé que he desechado todo cuanto se

me había ocurrido, y que no veo por ninguna parte el *clavo ardiendo*, á que me pueda agarrar para salir del compromiso.

Pero es indispensable hacer algo, y apremiado por el tiempo me apodero del libro de la Historia, que al alcance de la mano se me ofreció como tabla de salvación, y no obstante ser un convencido de la inutilidad de la presentación, ó del recuerdo de cualquiera de sus capítulos, que vienen á ser como estampas envueltas en telarañas, colgadas de los agrietados muros del viejo edificio que constituye la patria, me decido á abrirlo, lo abro al fin á la ventura y me salta á la vista la imponente imagen de Don Pedro el Cruel.

No os asustéis, bondadosas y amabilísimas señoras, fieles á macha-martillo de estos cultos dominicales que el Colegio de San Clemente celebra, ni vosotras, las que hoy por justificadísima extrañeza ante la noticia de que yo me encuentro aquí, y casi con la misma curiosidad que se acude á contemplar en barraca de feria al hombre que traga espadas, llenáis esas sillas, ni nadie de los que me escuchan tema, que yo tenga el mal gusto de ocuparme á estas horas de las ferocidades ó justicias de aquel monarca castellano, ni que relate las contiendas que llenan el nebuloso período de aquel doble reinado, exponiéndome á que el entusiasmo que tuviera que fingir me llevara á declararme enemigo personal del Rey de Castilla, ó del Príncipe de Trastámara, ni que ofenda á vuestros oídos, metiéndome en honduras, barajando libremente los nombres de Doña Isabel y Doña Blanca, Doña María de Padilla y Doña

Juana de Castro, al relatar tenebrosas aventuras de aquel Rey, como el historiador dice, *mozo, loco, deshonesto y atrevido*.

Doblo, pues, la hoja; mas persistiendo en mi angustioso y necesario afán de encontrar algo ameno en el campo que se me ofreció, salto algunos capítulos y al fijarme en el nuevamente abierto, espantado me encuentro asomada al ajimez de un viejo castillo, dando gritos salvajes, exhalando aullidos lastimeros, calada la cabeza con parda caperuza, colgando sobre el pecho destrozados joyeles y golpeando el suelo con una larga vara, á Doña Juana la Loca.

Ilusionado he creído por un momento que á todos iba á poder entretener un rato con la infeliz perturbada Doña Juana, con aquella desdichada reina loca; he creído poder esbozar aquel reinado lleno también de turbulencias y que una vez metido en disquisiciones amerosas, para vosotras tan agradables, así sirva de relator un viejo, iba á encontrar ocasión de encajar las frases que el poeta pone en boca de Doña Juana, cuando arrebatada de amor y de celos dice á Don Felipe: «¡Sabes que mi amor ha sido más poderoso que el tiempo y tus desdenes!; te amé cuando te vi; más cuando me llamé esposa tuya; más cuando fuí madre de tus hijos. Existe el que me dió el ser; existen las prendas de mis entrañas; hay un Dios en el cielo que á todos nos redimió con su sangre. Pues bien, óyelo y duélete de esta infeliz: en mí tienen celos de la esposa, la hija, la madre, la cristiana. Sí, lo conozco, es un crimen; ofendo á la naturaleza y á Dios; por eso el cielo me casti-

ga; pero ¡ay de mí! que no lo puedo remediar».

O cuando le dice al Rey su marido: «Soy Reina; ciño la corona de mi madre Isabel; más no ignoras cuánto desdeño yo estas grandezas, que comparadas con el sentimiento que llena todo mi corazón, me parecen mezquinas. Dame en vez de esplendente diadema de oro, una corona de flores tejida por tu mano; en vez de regio alcázar, en donde siempre hay turbas que nos separan, pobre choza en donde sólo nosotros y nuestros hijos quepamos; en vez de dilatados imperios, un campo con algunos frutos, y una sepultura que pueda contener abrazados nuestros cuerpos: tu amor, Felipe, en vez del poder y la gloria y creería yo entonces que pasaba del purgatorio al paraíso».

Y que aún más escucharíamos; que veríamos á la reina, cuando en el colmo del arretrato amoroso y como compendio de su pasión decía también al Rey: «Oye; muchas veces se presenta á mis ojos la veneranda sombra de mi madre Isabel, señalándome un mundo con una mano y con la otra mano otro mundo; y veo que ambos se abrazan y que aquel ofrece á su hermano los tesoros de sus entrañas virginales, y que éste le envía en recompensa el nombre de Dios flotando sobre las aguas. Y oigo que la voz de la Reina Isabel me dice: «Piensa en tus sagrados deberes; y yo pienso en ti; ama á tu pueblo; y yo á ti te adoro; conserva mi herencia, débete España nuevas glorias y dichas y mi corazón sólo responde, *amo*, en cada uno de sus latidos; y quiero llorar como reina arrepentida y lloro como mujer enamorada. ¿Qué más? Si hoy bajara

un ángel del cielo y me dijese, «en mi mano está remediar tu desgracia deshaciendo lo hecho y volviéndote á la edad feliz en que aún no eras esposa», yo sin vacilar un punto le respondería: nó, nó, y mil veces nó; quiero ser esposa de Felipe; quiero amarle aun cuando él haya de aborrecerme; quiero penar por él y morir llamándole mío».

Esto y muchísimo más habría podido hacer al presentar á la reina locamente enamorada del hermoso archiduque, su esposo. No habría encontrado grandes dificultades en seguir las luchas, las constantes agitaciones de los nobles y del pueblo hasta el final de este reinado lleno de trastornos; y para terminar el esbozo histórico me habría trasladado á Tordesillas y allí, en los tétricos salones de aquel antiguo Alcázar, que sirvió cuarenta y siete años de reclusión á nuestra demente Reina, habríamos seguido el corto proceso de su vuelta á la razón, lograda, según verídicos testimonios, por la intercesión de San Francisco de Borja; admirados y sin respirar habríamos asistido á la confesión de Doña Juana con al Duque Francisco al caer de una hermosa tarde de Domingo de Ramos, y maravillados con las gentes que poblaban el Alcázar, habríamos visto como la Reina no perdía ya ni un solo instante su lucidez, y como llorando con sus pecados los excesos de su locura, sosteniendo en su flaca mano la vela de los agonizantes y repitiendo con voz clara y robusta las jaculatorias que recitaba San Francisco, después de besar los pies á la Virgen en una estampa, que ya por señas pidió, la veríamos, digo, volver la cabeza hacia donde el santo le presentaba

el crucifijo, y entregar á Dios tranquilamente su alma en la noche del Jueves Santo, once de Abril de mil quinientos cincuenta y cinco.

¿Y qué habríamos conseguido, señores míos, después de semejante exhumación? ¿Qué enseñanza provechosa, qué ejemplo habíamos sacado de esta conferencia, si no era el infructuoso trabajo de limpiar una de aquellas telarañas de que al principio hablé? Dejemos, pues, dormir eternamente á la pobre Doña Juana, y bástenos al cabo de tantos años como recuerdo de su paso por el mundo el hermoso cuadro de Pradilla que todos conocemos, en el que se representa á la madre del Emperador aterida de frío, velando á la intemperie el cadáver de Don Felipe, que mandó sacar (tales fueron sus celos) de un convento que creyó de frailes y resultó que era de monjas, al trasladar de Andalucía á Castilla los amados restos.

—

Pero es imposible para mí continuar por este camino; no voy á pasarme la noche dando de lado á Don Pedro ó repudiando á Doña Juana; tengo que ocuparme de un punto concreto; tengo que venir á la realidad sin más divagaciones ni rodeos y la realidad consiste en dar una Conferencia desde este lugar, acto que, en verdad, debió empezar hace muchos minutos.

—

Desechada por vieja y por inútil la historia, parece claro que un punto de moderna atracción y de manifiesta utilidad fuera el que sirviera á mi discurso para cumplir los ordinarios términos que sue-

len revestir estas semanales solemnes lecciones, y al conformarme con semejante criterio, ensartaría un preámbulo altisonante y pretencioso relativo á la brutal transformación que las ciencias, progresando sin cesar, han ocasionado en el mundo, y fijándome en cualquiera de las ramas del progreso, en el que á los medios de locomoción se refiere (cosa más útil no cabe) comprenderíamos sin esfuerzo alguno, como á la vista de un automóvil ó de un tren rápido de ferrocarril se asombre el espectador, y como dando con el pensamiento cuatro ó seis saltos hacia atrás, piense sin querer en la diligencia, después en el coche de colleras, luego en la galera *acelerada*, en seguida en la pesada carreta y veríamos como cualquier persona honrada, con setenta años encima, porque no hay necesidad de más, se deslizaba por suave pendiente, y sin darse cuenta de ello iba á parar á la recua.

Si fijaba vuestra atención en la transmisión del pensamiento humano, desde el pasmoso descubrimiento de la telegrafía sin hilos veríamos cómo el ánimo quedaba también suspenso y cómo ordenadamente retrocedía y eslabonaba la cadena desde aquel mágico invento con el teléfono, el telégrafo, el correo diario, la mala semanal reglamentada, la mala sin reglamentar, que debía ser *más mala* todavía y se detenía por fin en los tiempos no muy remotos, en los que no se sabía nada de ninguna parte, tiempo que por otra se pueden considerar como propios de Arcadia feliz.

Cada una de las infinitas hojas de las frondosas ramas del árbol secular de las ciencias ó de las ar-

tes nos daría asunto suficiente y una sesión y veinte veladas podrían llenarse eligiendo lo que se refiere á los progresos dichos, ó á cualquiera otros de los que constituyen el inmenso catálogo de los modernos descubrimientos.

Pero la verdad, señores, hablemos con toda claridad, si la conferencia se basaba en un punto de historia no tenía más remedio que ser *solemne*; referida al progreso de las ciencias tenía que ser *seria*, y con la mano puesta sobre mi pecho juro otra vez á la distinguida concurrencia que tan amablemente me escucha, que siento horror invencible por la solemnidad y que me inspira antipatía profunda todo lo serio. Creo que todo lo que es solemne es pesado y que todo lo serio es triste, y como creo que la primera obligación de todo el que ocupa este puesto consiste en hacer pasar un rato agradable á los circunstantes, con lo inútil por viejo, con lo pesado por solemne y con lo triste por serio, es completamente imposible conseguir el cumplimiento de aquel elemental deber.

Pero esto, señoras y señores, esto pensaba, estos razonamientos desconsoladores me los hacía hace unas cuantas horas; en este atolladero me encontraba ayer mismo, y fué tanto mi apuro que pensé en renegar de mis propias creencias y en que bien ó mal pude echar mano á su tiempo á Don Pedro el Cruel, en que nunca debí despremiar á Doña Juana la Loca; comprendí que fué mal pecado desechar estudios del progreso de las ciencias ó de las artes y en que por hacer alarde de ser enemigo de lo serio, me veía sumido en todas las tristezas de la

desesperación, sin saber, en medio de mi desventura qué camino tomar, ni tener siquiera á quien pedir que me arrancara el corazón, cosa horrible en verdad, pero que puesta en amargo trance se le ocurrió á Doña Inés, y á mí, señores, con el agua al cuello, no se me ocurría nada.



En esta situación de ánimo transcurrieron las horas, terminó el día como bien ó mal todos terminan, y la noche tendió su negro manto, aumentando con la obscuridad la tristeza que me deboraba.

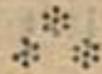
Rendido de pesar caí en el lecho, y acometido de horrible pesadilla, en mi intranquilo sueño encontré la tabla de salvación, porque entre mil detalles de fantástico soñar, unos que no hay inconveniente en hacer públicos y otros que deben quedar velados en el misterio, asistí á un Teatro, mágico sin duda, iluminado á *guiorno* con ojos de gato, en cuyo escenario y acompañados por una orquesta de búos, bailaron un can-can, honestísimo por cierto, ¡siempre los mismos! Doña Juana la Loca y Don Pedro el Cruel.

Aquel disparate fué el rayo de luz que iluminó mi cerebro entumecido y la Providencia misma valiéndose de un desatino me decía, que puesto que era innata mi repulsión á todo lo solemne y á todo lo que fuera serio, se caía por su propio peso la revelación del punto que en tan grande apuro me tenía constituido, pues con buscar los términos opuestos, con fijar mi atención en un punto ligero y alegre, toda dificultad estaba salvada, y aún entre sueños, viendo hacer piruetas á aquellos añejos

reyes, salté de la cama dispuesto á empezar, para ofrecéroslo, un concienzudo estudio, así como sue-
na, del baile, desde los tiempos más remotos hasta
nuestros días, ofreciéndoseme en seguida, si no
fuera santo habría que pensar que por envidia, ofre-
ciéndoseme digo también en aquel instante el Rey
David, el más ilustre danzarín que la historia regis-
tra, para ayudarme á empezar dicho trabajo, que
indudablemente debe tener fin y remate en el ame-
ricano kake-val.

Expuesto el tema al amable Director que nos
preside, según es práctica en esta casa, aprobó lo
que habrá de ser objeto de mi disertación, pare-
ciéndole muy bien que bailáramos un poco esta no-
che, que sirviera de *descanso* entre las magníficas
conferencias que sobre Historia, viajes al otro mun-
do, política, jurisprudencia y literatura llevamos en
lo que va de curso escuchadas y las que sobre pro-
fundísimos temas nos amenazan, digo que se anun-
cian, de aquí en adelante; haciéndome el repetido
Director prudentes, prudentísimas indicaciones, que
yo ya tenía descontadas, respecto al mayor esmero
y cuidado, si por necesidades del trabajo me ocu-
paba de la danza de los siete velos, con el fin de que
éstos no resultaran muy transparentes, y en gene-
ral, en cuanto hiciera referencia á pantorrillas, ma-
teria prima del baile, y demás proximidades peli-
grosas difíciles de ocultar en los *pasos altos, tren-
zados y molinetes*, motivada la prudente observa-
ción del Director para evitar murmuraciones, una
vez que ha pasado el Domingo de Piñata, más en ca-
rácter que este Domingo para el desarrollo del tema.

Vencidos, pues, cuantos obstáculos se nos presentaron; allanados ya todos los caminos, ruego á todos también tengan la amabilidad de olvidar cuanto llevo dicho, y se dispongan conmigo á bailar un rato.



Baile, individualmente considerado, ya se sabe que es el derecho que tiene todo ciudadano de publicar libremente sus movimientos con arreglo á la música.

Estando el baile tan perfectamente definido hago gracia á los oyentes de cualquiera otra definición por mí inventada. Adelante.

Es inútil que empiece mi trabajo diciendo que el baile se pierde en la noche de los tiempos; los monumentos gráficos y los textos de todas las épocas, nos ofrecen vivos testimonios de la existencia del baile en las generaciones que fueron.

El baile es tan antiguo como el hombre, por ser el brinco, á la vez que el grito, la demostración espontánea de su regocijo.

En las pinturas de Menfis y de Tebas, civilización la más antigua de la historia, vemos bailarines y bailarinas que ejecutan piruetas, balanceos, enlazamiento de manos y pasos graciosos, medidos por los instrumentos que ellos mismos tocan.

Entre los hebreos, en las ceremonias religiosas más solemnes, sus sacerdotes demostraban el agradecimiento al Todopoderoso, bailando, y ya están viendo señoras, y señores á David, haciéndolo *con toda su fuerza*, dice el sagrado texto, ante el Arca, desde la casa de Obedom, hasta la ciudad de

Betlem, y como los israelitas dieron gracias á Dios de su paso por el mar Rojo, bailando al compás de los cánticos que improvisó la hermana de Moisés.

Los indios y los chinos con sus danzas mímicas; los griegos con la sagrada que practicaban en todos sus cultos y muy principalmente en los sacrificios; la Danza de Diana en España; los curetas en Creta defendiendo con una lanza á Júpiter de la voracidad de su padre Saturno; Homero honrando á Merión llamándole *bailarín*, el que por su habilidad coreográfica se había hecho popular y célebre ante los troyanos, sus enemigos, y sobre todo Pirro, el gran Pirro, el hijo de Aquiles, del que no hay duda que se *pirraba* por bailar, que hasta inventó la danza que de su nombre se llamó *pirrica*, y las danzas de Cástor y Polux; y las que se hacían en honor de Baco y de Venus, prueban la importancia que el baile tuvo en aquellas remotas edades.

Después se sabe, que Rómulo inventó la primera danza guerrera; que Numa fundó nada menos que un colegio de salianos (de bailarines, de *salire*, bailar) que con armas bailaban la danza *pirrica*, (que debió tener sin duda gran aceptación) en torno del altar de Marte; y si en los primeros tiempos de los romanos éstos consideraban como envilecimiento tomar parte en las danzas que no fueran sagradas, más tarde, la molicie de los tiempos autorizó que á los bailarines se les honrara como á heroes, y Batilo y otro señor bailarín, cuyo nombre no recuerdo, llegaron á influir en los negocios de la República.

Los primeros cristianos introdujeron la danza en los ritos de la iglesia.

En los templos, separado del altar, se elevaba una especie de teatro donde se bailaba por devoción, costumbre pagana que en el siglo sexto aparece prohibida por un Obispo de Auxerre en Francia, y aún no ha podido desterrarse el baile como costumbre religiosa popular unida á algunas festividades, y todos sabéis que la Catedral de Sevilla es quizá la única iglesia del mundo católico que conserva el antiquísimo baile de los *seises* delante del Santísimo Sacramento en determinados días. Por cierto, que escandalizado alguien, no hace mucho tiempo, por la práctica de este baile inocente, que en realidad á nadie parece irrespetuoso, contenido siempre como está, en los límites del más ceremonioso minué, lo denunció á Roma.

Ignoro los trámites del que sin duda fué largo voluminoso pleito ó expediente; lo que sí me consta es, que para cumplir una providencia dictada en el mismo, los *seises* fueron facturados á la Ciudad Eterna y que en Roma bailaron en pleno Consistorio ante el Santo Padre y todo el Sacro Colegio de Cardenales, y no debió parecer tan mal el baile, cuando el asunto se falló con la más hábil de las sentencias, permitiendo á la Catedral de Sevilla el funcionamiento de los *seises*, en las fiestas marcadas, *mientras les duren los trajes*, y como las fiestas son muy pocas y los trajes eran en aquella ocasión, de estreno, cuando el galón dorado que los contorna llegue á estropearse, se aplicará un nuevo galón; con la tela se irá haciendo lo mismo, y la sentencia

que no se atrevió á decir descaradamente «puede el baile continuar» será perfectamente cumplida, teniendo siempre *seises* la Catedral sevillana.



Contrayendo este ligero estudio á España, aparece desde los más remotos tiempos la tierra andaluza como el país prototipo del baile, sobrepujando en ligereza y voluptuosidad, según los autores, las danzas gaditanas á las de Roma.

En la edad media, son bailes elegantes los que se llaman *Gallardo*, *Pavana*, *Pie del gibao*, *Madama Orleans* y *El caballero*, y bailes populares *La chacona*, *La zarabanda*, *El rastrojo*, *La gorróna*, *La pipironda*, *El pol'lo*, *El colorín colorao* y *El hermano Bartolo*, denominaciones que según los sesudos autores que de estas graves materias se ocupan, obedecen á las canciones con que á los bailes se acompañaba.

Esquivel y Navarro publicó en 1642 sus «Discursos sobre el arte del danzado» y en esta obra monumental se elogia la gracia con que bailaba Felipe III, el Duque de Lerma y Felipe IV, diciendo de este último el autor, que lo hacía «con destreza sin igual».

Enumera dicho Esquivel los maestros de baile más acreditados en aquella época en las más importantes ciudades españolas; cita por vez primera entre los bailes populares *El rastro*, *La tárraga* y *La Jácara* y explica minuciosamente movimientos y mudanzas de los bailes nobles, que por derivarse de la esgrima dichas mudanzas ó pasos, se llamaban floretes, encajes, cabriolas, campanelas y gira-

das; expresa además, que el acompañamiento usual para estos bailes, es la guitarra. Aprovechemos, señores, la ocasión de tributar las mayores alabanzas á Esquivel y Navarro, faro esplendente del siglo diez y siete, sin cuyo concurso es posible que permaneciera en la ignorancia y fuera terrible laguna en la historia patria cuanto al arte coreográfico hace referencia en la gloriosa época de más *patillas* y *trenzados*.

En el siglo diez y ocho, D. Bartolomé Ferriol, hombre formal y serio como su mismo nombre y apellido nos está diciendo, publica en 1745 unas «Reglas útiles para los aficionados á danzas», tratado técnico de la materia, que contiene muy curiosas advertencias sobre las ceremonias que deben usarse en los saraos ó bailes; describe gráficamente el modo de ejecutar los saludos, figuras y pasos al bailar; reconociendo la utilísima incipiente institución del *bastonero*, (con razón sospeché de su formalidad) y nos habla de los bailes en boga en su tiempo que son *El minueto*, *El pasapie*, *El dragón*, *Las trompas*, *El amable* y, sobre todos, la contradanza, el más regocijado de todos, que era larga, cuadrada, gentil, á lo largo, de dos pares, del nardo y de luces.

¡Ya ven también los que oyen cuánto nos ilustra y cuánta gratitud debemos á la prolija minuciosidad del bueno de D. Bartolomé Ferriol, que santa gloria haya!

Bien sabe Dios que no quiero hacerme pesado, pero no puedo esquivar la ocasión, así sea á paso de galop, de hacer la enumeración de los bailes de so-

ciudad y populares usados en nuestra patria, para que nada falte á la importante materia que tan seriamente nos ocupa.

Los primeros han tenido la importancia de un verdadero arte, y hasta hace poco tiempo las personas más caracterizadas tomaban su maestro de baile para no hacer mal papel en sociedad.

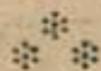
De los bailes, el minueto fué el más elevado; siguió la quadrille, de origen francés, padre del rigodón, que con los lanceros llenan el siglo diez y nueve en este género de contradanza; hoy rara vez los lanceros aparecen en nuestros salones; el vals alemán como la cerveza y como ella un tanto explosivo, es el más de moda entre la buena sociedad. La polka, su variante las mazurkas y el boston, son siempre preferidos por el gusto actual, y como final de todo gran baile, *El cotillón*, conjunto de pantomimas, que dan lugar á la elección libre ó por suerte de damas y galanes que se obsequian con regalos.



Con respecto á los bailes populares, digámoslo muy aito ya que tantas otras cosas guardamos en el más prudente secreto, á España corresponde el primer lugar en el mundo entero, pues en ninguna otra tierra se ha cultivado el baile con más arte, con más gracia ni con mayor entusiasmo, explicado todo por nuestra nativa viveza meridional.

El fandango y las malagueñas, los dos bailes andaluces clásicos por excelencia, ponen como ningún otro de relieve la gracia de la mujer. Las seguidillas, danza también meridional, muy extendida, principalmente en la Mancha; el bolero con todos sus

variantes y pasos como es el de la chacona y el requejo. La jota en Aragón y Cataluña, la Sardana en el Ampurdán, el zorzico en las provincias vascas, la gallegada y el fado en Galicia y Asturias y las parrandas en Murcia y Valencia, completan el cuadro de los bailes populares en la Península.



El baile es un elegante pasatiempo, señoras y señores, que está considerado desde el punto de vista docente y útil por los tratadistas, como medio de fortalecimiento y desarrollo corporal más completo que la esgrima y que la equitación, recomendado á las jóvenes para desenvolver con más suavidad y morbidez que la gimnasia la gracia y las bellas formas del cuerpo humano. Es el baile poderoso factor de cortesía para las personas que frecuentan el trato social.

Es el baile, por último, según un conocidísimo escritor moderno, el distintivo más inequívoco del ser racional: habla el papagayo, el ruiseñor canta, el perro es fiel, el elefante es casto, el mono es ingenioso, el tigre sanguinario, la codorniz sencilla, la hormiga avara, la abeja industriosa, el caballo dócil, sólo el oso á fuerza de improbables trabajos aprende á mal bailar, el hombre es quien naturalmente baila y como está perfectamente demostrado que este mundo es un fandango y el que no baila es un tonto, lancémonos alegre y locamente á la danza, cuidando, sí, del son que nos toquen, para no perder el compás y sobre todo y más que todo, para evitarnos un tropiezo.

He terminado, señores. Mucho me queda por

decir respecto á la influencia moral y religiosa y política del baile, pero ha transcurrido aproximadamente el tiempo que de ordinario se suele invertir en estos actos, quedando para ello inédito, con sentimiento mío, el apartado en este modesto estudio que se refiere al sugestivo *garrotín*.

Sólo me resta dar á todos las gracias por haber tenido la paciencia de escucharme, y rogarles que ya que no me aplaudan, porque el caso no lo merece, que no me imiten, que no hagan lo que yo he hecho, que no busquen para pagarme el término opuesto del aplauso y que no me digan á una voz como lógico final de esta *Conferencia*, ¡que baile!, ¡que baile!

HE DICHO.

Muchas gracias

Las doy muy expresivas á nuestro artista Paco Cayuela y al aprendiz Pepe Agius, autores de los monos que *esto* tiene, monos de verdadera necesidad para que, habiendo algo en qué mirar, no fuera el librejo una cinta blanca. Los dos, para mí, han estado acertadísimos; otra vez, muchas gracias.

B. S.

Este libro se acabó de imprimir
en Lorca, en la Imprenta
Alemana, el siete de
Septiembre, víspera
del día de la Virgen
de las Huertas
del año
1915



Precio: UNA PESETA